EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

UN CRÍTICO INCIPIENTE

capricho cómico en tres actos y en prosa sobre crítica dramática

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

SEGUNDA EDICION

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

UN CRÍTICO INCIPIENTE

UN CRÍTICO INCIPIENTE

CAPRICHO CÓMICO

en tres actos y en prosa sobre crítica dramática

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL, la noche del 27 de Febrero de 1891.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1895

714679

PERSONAJES		ACTORES
DON ANTONIO.....	Sr.	Jiménez (D. D.)
GERTRUDIS.....	Sra.	Revilla.
LUISA.....	Srta.	Guerrero.
PEPE.....	Sr.	Calvo (D. R.)
ENRIQUE.....	»	Rivelles.
PELÁEZ.....	»	Pérez.
BORROSO.....	»	Díaz.
TELESFORO.....	»	Calvo (D. F.)
TERESA.....	Srta.	Alisedo.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

Don Donato Jiménez.

Mi distinguido amigo: Tengo una verdadera satisfacción, y cumplo un deber ineludible, al dedicar á Ud. esta obra, en la que, como actor eminente, ha creado Ud. el papel de **Don Antonio,** *haciendo siempre alarde de su envidiable maestría en el difícil arte que profesa.*

Y sería injusticia notoria no consagrar á la vez un recuerdo de gratitud á sus dignos compañeros, que por manera tan perfecta todos ellos han dado vida á mi creación, como lo sería no hacer constar mi profundo agradecimiento para con el público y la prensa, á quienes tanto debo.

Siempre soy su amigo y seguro servidor

Q. S. M. B.

José Echegaray.

ACTO PRIMERO

La escena representa una sala-despacho en casa de don Antonio: mesa, estantes con libros, coronas, bustos de poetas (Calderón, Lope, Shakespeare, etc.;) un piano, retratos en fotografías, etc. A la izquierda un sofá: junto al sofá, una mesita. En suma, el despacho de un autor dramático de fama, y por consiguiente, pobre: artístico pero modesto y algo destartalado. Puerta en el fondo: puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO y DON TELESFORO

Don Antonio sale á recibir á don Telesforo, que entra en el momento de empezar el acto.

ANTONIO. ¡Gracias á Dios que viniste, amigo Telesforo!

TELESF. ¡Gracias á Dios que pude venir, amigo Antonio!

ANTONIO. Como alma en pena que suspira por su total redención, apurando angustias y dolores en el Purgatorio, así estuve anoche hasta que dió *la una;* y solo como *la una* me quedé, porque todos los míos se fueron á dormir. Paseando por este despacho me estuve dos horas más, y repitiendo como un desesperado: ¿qué habrá ocurrido, señor? ¿qué habrá ocurrido? ¿Qué le

ha pasado á Telesforo? ¡Telesforo no viene!... ¿por qué no viene? ¡bonita noche!

TELESF. Pues ocurrió, que cuando acabamos de leer tu drama...

ANTONIO. Más bajo, hombre... más bajo... (Mirando á todas partes; después cierra la puerta.)

TELESF. Nadie nos oye. Digo, que cuando acabó la lectura de tu drama, eran las siete y media, y me fuí al domicilio conyugal, donde me esperaban mi comida y mi mujer; que no me gusta hacer esperar, ni á mi mujer que se enfada, ni á mi comida que se pasa. ¡Ahí tienes!

ANTONIO. Y cuando la comida dió fin, amigo egoista, que tan seco eres de alma como jugoso de estómago, ¿no pudiste venir? ¿no pudiste traer como todas las noches á tu cara mitad?

TELESF. Cuando no vine, ya puedes suponer que no pude. Le dió á mi pobre Melchora una jaqueca de padre y muy señor mío... ¡Éter por aquí, antipirina por allá, café muy cargadito, té muy caliente, el médico que viene, la jaqueca que no se va!... ¡Una noche de todos los diablos! Con las trifulcas de tu drama, que todavía me trotaban por el cerebro, y los nervios de mi mujer que comunicaban sus espasmódicas sacudidas á los míos... ¡pensé volverme loco!

ANTONIO. Vaya, hombre, muy de veras lo siento. ¿Pero está ya buena?

TELESF. Á las cinco de la mañana se quedó más tranquila y pude conciliar el sueño. ¡Pero qué sueño! mejor dicho, ¡qué pesadilla! Soñé que aquel tremendo *astrólogo* de tu drama se enredaba á cachetes con mi Melchora: y él la tiraba de las greñas y ella le arrancaba las barbas, hasta que venía *el Conde*... aquel conde shakspiriano del segundo acto... y ¡rás! le cortaba la cabeza á mi mujer... y ¡pataplúm! me obligaba á casar con el astrólogo. ¡Horroroso, querido Antonio, horroroso!

ANTONIO. De modo que el drama, ¡te hizo impresión! (Gozoso.)

TELESF. ¡Se la hiciera á una estatua de la plaza de Oriente! ¿Cómo no había de hacer impresión en mí, que no soy

de piedra, sino de carne mortal y un tanto averiada?

ANTONIO. Sí: el drama es fuertecito. (Restregándose las manos.)

TELESF. ¿Si es fuerte? ¡á quién se lo cuentas! algo así como un terremoto que se pasea por un cementerio á la cárdena luz de la luna y al borde de un volcán. (Con exageración trágica.)

ANTONIO. ¡Está bien, está bien! ¡terremoto, cementerio, luna y volcán! (Riendo.) Pero vamos, cuenta por Dios, que me tienes más nervioso que pudo estarlo anoche tu Melchora.

TELESF. ¡Entonces me voy! (Levantándose con espanto.) Decididamente me voy: ¡no quiero más nervios!

ANTONIO. Eso sería si yo te dejase. (Deteniéndole.) Has de darme cuenta puntualísima de todo, de todo. Ea, empieza.

TELESF. Pues la cita para la lectura era á las dos, y á las dos en punto estaba yo en el teatro con mi drama... es decir, con el tuyo, bajo el brazo.

ANTONIO. ¿Mucha gente?

TELESF. Mucha: la lectura fué una solemnidad: literatos, poetas, críticos, actores... casi un público de estreno.

ANTONIO. ¡Por supuesto el más riguroso incógnito! ¡Á nadie le habrás dicho una palabra!...

TELESF. Á nadie. ¡Ni á mi mujer!

ANTONIO. ¡Ni yo á la mía: ni á mis hijos! Todo sér que tenga oídos y lengua, es un peligro! Ya ves tú, hace seis años que no escribo para el teatro, y una caída desde la altura de seis años sería mortal.

TELESF. Convenido, convenido. Muy sensato y muy prudente eres en esta ocasión, si no lo fuiste en otras.

ANTONIO. Bueno: sigue: entraste... ¿y qué?

TELESF. Que todos quisieron sonsacarme: preguntitas por aquí, preguntitas por allá, indirectas de un lado, indirectas del otro...

ANTONIO. ¿Y tú?

TELESF. De piedra: impasible.

ANTONIO. ¡Bravísimo! ¿Y no sospecharon nada?

TELESF. Antes de la lectura nada. Como yo soy amigote de la

falanje infinita de actores, dramaturgos y poetas; y me tuteo con los viejos y protejo á los jóvenes; y fuí crítico de cierta nombradía allá en los tiempos de antaño... ¡vaya usted á adivinar quién fué el autor que en mí tuvo confianza y me tomó por medianero!

ANTONIO. Perfectamente; pero después de oir el drama, ¿sospechó alguien la verdad?

TELESF. Sospecharon; pero no la verdad. Hubo quien dijo al final del acto segundo: eso debe ser de don Pablo.

ANTONIO. (Riendo.) Ya lo creo, como que yo, para despistar á los curiosos, procuré de cuando en cuando, no muchas veces, imitar la manera de Pablillo. (Riendo.) ¡Pero no es de don Pablo, que es de don Antonio! (Golpeándose el pecho.)

TELESF. Pues al fin la mayoría resolvió, que la obra era de don Pablo.

ANTONIO. Bueno: ya les llegará el día del desengaño. ¿Y qué más?

TELESF. ¿Qué más quieres?

ANTONIO. Que me digas con franqueza la impresión que produjo el drama.

TELESF. Hombre, la impresión que puede producir al pronto un drama de esas condiciones. ¡La estupefacción!

ANTONIO. ¿La admiración has dicho? (Gozoso.)

TELESF. No: la *estupefacción*.

ANTONIO. ¡Ya! (Desconcertado.)

TELESF. Y en muchas escenas, también admiración: hay cosas hermosísimas.

ANTONIO. ¡Como que he puesto en esa obra mi alma entera! (Con entusiasmo.) ¿Y qué decían? ¿qué decían? ¡Vamos, hombre, habla!

TELESF. En un grupo de críticos, allí estaba don Luis, decían: ¡admirable: es un pensamiento de una profundidad que espanta!

ANTONIO. Don Luis es á veces duro, y siempre es bilioso; pero talento... ¡vaya si tiene talento! es el primero de nuestros críticos.

TELESF. No, si no fué don Luis el que dijo lo de la *profundidad:* eso lo dijo otro. Lo que dijo don Luis con tono displicente, fué... «sí, hay un pensamiento... pero ese drama *no es teatral!*»

ANTONIO. (Con acento colérico.) Lo he dicho siempre: don Luis tiene talento, aunque no tanto como él supone; pero no hay un sér más pedante, ni un bicho más envidioso. ¿Con que mi obra *no es teatral?* En efecto, no es tan *teatral* como la silba que le propinaron cuando se metió á escribir su correspondiente dramita. ¡Aquello sí que fué teatral! ¡Los bustos de Calderón y Lope se tambalearon de risa y se desconcharon de horror! ¡Con que mi drama no es teatral!... (Se pasea agitado.) ¡Baraja de mentecatos!

TELESF. Es una opinión de don Luis.

ANTONIO. ¿Y los demás, qué opinaban?

TELESF. Otros opinaban que el drama era *una atrocidad.*

ANTONIO. Hombre... atrocidad... En el lenguaje corriente puede decirse *atrocidad*, por lo grandioso; ó puede decirse, por lo disparatado.

TELESF. Pues vaya usted á saber por qué lo dirían ellos.

ANTONIO. En suma: ¿ha gustado, ó no?

TELESF. Ya lo creo que ha gustado; pero como gustan las obras muy atrevidas. Abren el horizonte á grandes esperanzas; pero una vez abierto el horizonte, por ciertos rumbos pueden venir furiosas tempestades.

ANTONIO. Es, querido Telesforo, que para mí ese drama no es como otro cualquiera de los muchos que llevo escritos. No se trata ya de esperanzas vanidosas, aunque de vanidades humanas no estamos libres ninguno de los que nos rozamos con el arte. Es que mi situación es muy grave.

TELESF. Me lo figuro.

ANTONIO. Me refiero á mi situación económica. Hace seis años que no escribo: he tenido gastos extraordinarios: el repertorio va envejeciendo: como los poetas estamos tan mal con la prosa de la vida, la prosa se venga

traidora y prosáicamente de nosotros. Mi presupuesto, como todos los presupuestos, desde el primero que debió formar nuestro padre Adán al salir del Paraíso, está en déficit. ¡Debo más de tres mil duros! ¿tú creías que en el mundo pudiera existir esa cantidad? ¡pues existe y los debo! Y tengo que redimir á Pepe del servicio de las armas. Y tengo que llevarme á Luisa de Madrid por algún tiempo. ¡En fin, el mundo que se me viene encima en forma de *pagaré!*

TELESF. ¿Pero Luisa está mala?

ANTONIO. ¡Qué ha de estar mala! Lo que está es enamorada: enamoradísima: como la más romántica heroína de mis dramas.

TELESF. Ya: ¿de Enrique de Castro?

ANTONIO. Cabalmente: y quiero á todo trance cortar esas relaciones y la saco de Madrid, como haría cualquiera de los padres tiránicos de mi repertorio. Nada, ¡yo el padre tiránico, y ellos las víctimas poéticas!

TELESF. Pues Enrique tiene talento.

ANTONIO. Talento por horas. (Con desdén.)

TELESF. De horas se componen los siglos.

ANTONIO. Bueno, pues cuando ese muñeco escriba algo que dure un siglo, le daré á mi Luisita: hasta entonces que espere.

TELESF. Pues gana más que tú con todas tus sublimidades.

ANTONIO. Para ganar más que yo no se necesita afanarse mucho. Aquí la poesía no sirve más que para morirse de hambre entre dos redondillas ó para darse al diablo entre dos endecasílabos, si es que su majestad infernal gusta del verso noble.

TELESF. Luego, algún mérito tiene que ese chico se gane la vida escribiendo...

ANTONIO. ¡Escribiendo inmoralidades sin gracia, sandeces insulsas, groserías repugnantes!...

TELESF. No tanto, no tanto; que gracia, la tiene. Y respecto á la moral, tus dramas no son sermones apostólicos. Y en cuanto á sandeces y á sandios, no conozco ningún sabio que no lo sea por lo menos siete veces al día.

ANTONIO. ¡Ea! ¡el protector nato de la juventud!

TELESF. Tú fuiste joven.

ANTONIO. Hace tanto tiempo, que ya no me acuerdo: y si me acuerdo de algo, es de que fuí un solemne mentecato. Y Enrique lo es, ¡con que mientras le dure la enfermedad, á la calle! Un día de estos le despido solemnemente; y en cuanto tenga dinero, me llevo á Luisa. Y nada, nada, ya sabes mi sistema: ¡esta comedia no acaba en boda! (Exaltándose por grados.)

TELESF. ¿Y si los pobres chicos se mueren de desesperación?

ANTONIO. ¡Cá! De desesperación amorosa no se mueren más que los personajes de mis dramas: y se mueren porque los mato yo. ¡Si sabré lo que me cuesta matarlos!

TELESF. Pues ahí viene tu víctima... y la mamá de la víctima.

ANTONIO. ¡Cuidado! ¡de mi obra ni una palabra!

TELESF. Cuenta con que el secreto cayó en una tumba.

ESCENA II

DON ANTONIO, TELESFORO, LUISA y GERTRUDIS

LUISA. ¿Acabaron ustedes su conferencia? ¿podemos entrar?

ANTONIO. Sí, hija: si no hay tal conferencia: charlábamos de cualquier cosa.

LUISA. (Desde la puerta.) Ven, mamá. Dicen que está franca la entrada. (Entran Luisa y Gertrudis.)

TELESF. ¿Cómo pudiera no estarlo para las señoras simpáticas y para las niñas bonitas?

GERT. Muy buenos días, don Telesforo.

TELESF. Siempre á sus órdenes, amiga queridísima.

GERT. ¿Y Melchora?

TELESF. Anoche tuvo la tradicional jaqueca; pero ya pasó. Hasta otra.

GERT. Pues yo también estuve así, así. Y también Luisita. Y ese, no puede usted figurarse como estuvo. ¡No lo niegues!

ANTONIO. No, hija; si no niego nada.

GERT. Cada vez que sonaba la campanilla de la puerta, daba un salto, que nos hacía saltar á las dos. De modo que saltábamos los tres.

LUISA. Y cuando vino Enrique se contagió, y á una saltábamos los cuatro. (Riendo.) Vamos, que era cosa de morirse de risa.

ANTONIO. ¡Si esta vida moderna es intolerable! Las ideas en perpetua ebullición, que no parece sino que llevamos todos un cocedero en la cabeza. ¡La política en palpitación constante! ¡que los unos, que los otros! ¡que la crisis, que el conflicto¡ ¡que tú pierdes al país, que tú lo perdiste más, que el país no parece! La prensa poniendo el grito en el cielo por la mañana y por la noche, y precipitando sobre la cabeza de los lectores una y otra avalancha, como ahora se dice, de malas noticias; es como si le estuviesen á uno gritando: «¡que se te quema la casa! ¡que se te muere tu padre! ¡que quebró tu banquero! ¡que te aplasta el tranvía! ¡que viene la peste, que viene el diluvio!» Y á todo esto, la electricidad circulando bajo los pies por cien cañerías y otros tantos cables, y sobre las cabezas en inmensas telas metálicas de araña, que se siente uno envuelto en estremecedores efluvios. Y la locomotora corre que te corre, y silba que te silba y choca que te choca. Y el telégrafo... tá, tá, tá... tá, tá, tá... en continuo estremecimiento tetánico: «¡atentado contra el emperador; crimen horrible; los microbios en Egipto; se han suspendido todos los pagos de todos los bancos del Universo; un sabio alemán anuncia el fin del mundo... ¡el fin del mundo!... y á todo esto... ¡sin dinero!... ¡El fin del mundo que nos coge sin dinero!

GERT. Ahí duele y nos duele á todos.

LUISA. No te aflijas, mamá; que en cuanto Pepito dé su drama...

TELESF. ¿Qué drama? ¡Otro drama! (Asustado.)

ANTONIO. Sí; el de mi hijo; el de Pepe: si cada ciudadano español tiene un drama en el bolsillo. Y claro, ¡el chico se lanza! Hoy es la lectura.

GERT. ¿Pero no se lo habías dicho á don Telesforo?

ANTONIO. No... si no sé dónde tengo la cabeza estos días.

TELESF. ¡Con que otro drama en la familia!

LUISA. ¡Y muy bonito! ¡Si viera usted! ¡Precioso! ¡Qué versos! ¡Aquella escena de Alvaro y Adeláida en el jardín á la luz de la luna! Créame usted, hace llorar; sí, señor, hace llorar. Y aquella comparación del *peine*, ¿te acuerdas, mamá?

TELESF. ¿Del peine, y á la luz de la luna?

LUISA. Sí, señor. Yo no sé explicarlo bien; pero es una cosa así... figúrese usted que Adeláida se ha despeinado ya para irse á la cama, y es muy rubia...

TELESF. ¡La cama es rubia!

LUISA. No, Adeláida; ¡y le cae el cabello todo alrededor como una cascada de oro! Y Alvaro contempla aquella cascada y se vuelve loco de amor: ¿verdad que hay motivo?

TELESF. Ya lo creo; por mucho menos se vuelve loco cualquier cristiano.

LUISA. Y entonces sale la luna y se deshace en rayos que caen... caen precisamente sobre la cabellera rubia de Adeláida. Y aquí viene lo bonito: vamos, ¡como si lo estuviera viendo! La luna manda muchos rayos sobre aquella cabecita tan mona; y fíjese usted, los rayos de la luna son plateados, ni más ni menos que las puas de plata de un peine de plata y muy grande; y van, ¿y qué hacen? se clavan en las doradas ondas de la espléndida madeja: un rayo de plata y un mechón de oro y así cruzándose: ¡y Pepe dice todo esto con unos versos que suenan á gloria!

TELESF. Oye, ¿tú has dado el exequatur al peine de plata y á la cabellera de oro?

ANTONIO. No, si yo no conozco del drama más que algunos trozos.

GERT. Ya ve usted, le da vergüenza á Pepe que su padre le oiga leer su obra: ¡como es la primera! y nos la lee á Luisa y á mí...

LUISA. Y vendrán á la lectura dos amigos de papá.

TELESF. ¿Quiénes son los de la consulta?

ANTONIO. Don Atilano Peláez y don Judas Borroso.

GERT. Y usted, que también nos hará el favor de quedarse.

TELESF. Ya lo creo: si yo nací exprofeso para oir los dramas de toda la familia. Y tú, Luisita, ¿no haces versos?

LUISA. ¡Ay, no, señor! Me gustan mucho; pero es muy difícil escribir buenos versos.

TELESF. No es preciso que sean buenos. Exigir que además de ser versos, sean buenos, son demasiadas exigencias. ¿Pero tú ya habrás probado?

LUISA. Hace mucho tiempo; pero es una cosa muy difícil, muy difícil: ¡que todo ha de acabar en *ente,* ó en *ia,* ó en *oso,* es un trabajo muy penoso! Ahí tiene usted... *oso, penoso*... cuando no hacen falta, siempre salen los malditos consonantes. Pero cuando se necesitan... nada: ¡mamarrachos! ¿Sale un *padre?* pues á la fuerza ha de salir una *madre,* ó un perro que *ladre,* ó un señor á quien nada de aquello lo *cuadre.* Figúrese usted que yo soy el galán y que tengo que decirle á la dama «¡mi corazón te desea!» Ya sé que es un disparate, no se ría usted, es un ejèmplo. Pues si digo «desea», tengo que decir que es *fea,* no puedo decir que es bonita. Y si es fea, ¿cómo la desea el corazón? ¡Ve usted, don Telesforo, qué cosa tan complicada! Bueno, me arrebato y digo que es *bonita,* pues tengo que concluir exclamando «¡quita, quita!», y si es tan bonita, ¿cómo la dice el galán que se quite? En fin, don Telesforo, que es una confusión y una desesperación esto de la versificación!

TELESF. Esta chica concluirá por escribir versos.

LUISA. No, señor... No, señor... ¡Qué vergüenza!...

GERT. Vamos, niña, hablas demasiado. (Aparte.)

LUISA. El preguntará demasiado en todo caso, yo no hago más que responder. (Aparte.)

TELESF. Y á propósito de consonantes y asonantes: tienes en el drama una redondilla con cuatro asonantes. (Aparte.)

ANTONIO. Hombre, ¿qùé dices?... ¡Válgame Dios, qué distracción!... ¡Pues si coje un crítico la redondilla, ya me cayó el premio gordo!... Si no entienden de otra cosa:

¡menudencias y nada más que menudencias! ¡Balleneros que pescan sardinas con harpón!... ¿Recuerdas cuál es?... ¡Jesús, hombre, Jesús!

TELESF. Sí; luego te lo diré.

ANTONIO. No; ahora mismo: ven á mi cuarto. No faltaba más, ¡cuatro asonantes! ¡Si hay para mandar á un hombre á presidio!

TELESF. ¿Qué prisa corre?

ANTONIO. Ya lo creo que corre prisa... Vamos... vamos... (Alto.) Voy á tratar con éste allá dentro de un asunto literario... Una nueva edición de mis obras... ¿Verdad?... ¡Otra edición!...

GERT. ¿Y eso dará dinero? Porque ya sabes que necesitamos los seis mil reales del chico.

ANTONIO. ¡Ya lo creo que ha de darme dinero! Los seis mil reales para redimir á Pepe... Es verdad... (Pero por el pronto, lo que más urge es redimir á la redondilla de sus cuatro asonantes.) ¿Vamos, Telesforo?

TELESF. Vamos allá. Hasta luego.

GERT. Hasta luego, don Telesforo.

ESCENA III

GERTRUDIS y LUISA

GERT. ¡Qué vida, hija mía! No te cases con ningún literato ni con ningún poeta.

LUISA. Si papá dice que Enrique casi no lo es. ¡Pero talento!... ¡Vaya si tiene talento!

GERT. No tendrá más talento que tu padre, y ya ves qué apuros hemos pasado y estamos pasando. Cualquier cosa, hija; cualquier cosa, menos versitos.

LUISA. Pues son muy bonitos. (Como niña que se enfada.)

GERT. ¡Y muy desustanciados y muy inútiles! Nada, que no quiero más poetas en la casa; me basta y me sobra con mi esposo... Y por añadidura con Pepe.

LUISA. Pero á mí no me bastan ni me sobran. (Lo mismo que antes.)

GERT. Pues si quieres marido, busca un médico, un abogado, un arquitecto, un comerciante; lo que tú quieras, menos poetas, literatos y autores de comedias y dramas: con esos no transijo.

LUISA. Pues á mí me gustan los poetas. Describen unos palacios, unos castillos...

GERT. Si todos los castillos, catedrales y palacios que ha hecho construir tu padre con telones y bastidores de madera para sus dramas románticos, los hubiera dirigido de veras y entre piedra y cal, no digo como arquitecto, como maestro de obras, teníamos ya por nuestra una barriada.

LUISA. Pero, vamos, mamá, ¿no te encantan esos argumentos en que la dama joven se muere de dolor, y el galán se muere de amor, y el papá se muere de furor, y todos son obstáculos, y dificultades y conflictos?

GERT. Mira, inocentona; si todos los enredos, disgustos, quiebras, divorcios, asesinatos y catástrofes que ha enmarañado mi poético esposo en sus obras, hubiesen sido crímenes y pleitos de veras, y él hubiese intervenido en ellos como abogado, procurador ó escribano, alfombras habría en mi casa, y portiers de seda y brocado, y con abrigos de nutria ó de zorro azul iríamos tú y yo.

LUISA. No seas prosáica, mamá: que yo sé que cuando eras joven cantabas la Atala y el Chactas... «¡Triste Chactas, cuán rápida ha sido....!» (Cantando.)

GERT. ¡Si vieras tú esos Chactas y esas Atalas qué vida me han hecho pasar de apuros y miserias! Veinte años he seguido cantando por lo bajo: «¡Cuán rápida ha sido la feliz ilusión de mi mente!»

LUISA. Pero no te palpita el corazón cuando ves en la escena dos galanes, nobles y arrogantes, valerosos y enamorados que se encrespan y enfurecen... «¡Renuncia á su amor!...» «¡No renuncio!...» «¡Pues la vida!...» «¡La vida!...» y van decididos á matarse, ó se matan allí mismo por la mujer á quien aman? ¡Cómo se le debe querer á un hombre cuando se mata ó se muere por una mujer!

GERT. Por mí, que se maten donde quieran, ó que se tiren del viaducto de la calle de Segovia con la cabeza hacia abajo. Si á todos los personajes que mató tu ilustre papá en sus fábulas tremendas, los hubiera matado como militar valeroso, ó como buen médico con todas las reglas del arte, á estas fechas era capitán general ó era el doctor más célebre, y, por lo tanto, más rico de Europa. ¡Nada, nada de tonterías sublimes! Un buen ultramarino con tienda acreditada, vale más que Calderón. Porque, en caso de apuro, se baja á la tienda y se come sus jamones, sus quesos y sus aceitunas; pero un drama ó una comedia, ¿para qué sirven en estos tiempos que corren? Ni comérselos pueden el autor y la familia. La gente está por lo positivo: dinero ó comestibles, gabanes ó zapatos, algo que se pegue á la carne.

LUISA. ¡La poesía se pega al alma!

GERT. Las almas son hoy poco pegajosas... menos la tuya, que no se despega de ese endiablado Enrique.

LUISA. ¡Le quiero mucho!

GERT. ¡Le quiero mucho! ¡Le quiero mucho! ¡Vaya una razón! ¡Déjame de chiquilicuatros! Tu padre y yo estamos hartos de ese títere. Un día de estos tu papá le da la absoluta. Que acabe su carrera, que ponga bufete, que busque un destino, que se agarre al torno de un tranvía ó que compre una plaza de aguador, que así al menos tendremos agua de balde.

LUISA. ¡Mamá!...

GERT. ¡Ea... lo dicho!... ¡Basta! (Sale muy incomodada.)

ESCENA IV

LUISA

De mal humor tenemos á mamá, y es que la pobre piensa sin descanso en los seis mil reales que necesita para redimir á Pepito. Pero yo no tengo la culpa de

sus apuros, ni Enrique tampoco. El pobre Enrique, ¿puede hacer más que tener talento, y trabajar mucho y quererme muchísimo? Señor, ¿qué más se le puede pedir á un hombre sino que me quiera con toda su alma? Digo un hombre, y no digo bien: ¡si casi es un chico! veintidós años. Pues si á los veintidós años tiene tanto ingenio, ¿qué será á los cuarenta? ¡un geniazo como una catedral! Y si á los veintidós años es tan activo y tan vividor, ¿qué será á los cincuenta? Nada, que le sacará dinero, no ya á los versos, á los adoquines de la calle. Y si á los veintidós años me quiere tanto, ¿cómo me querrá á los sesenta? ¡Claro, á los sesenta se muere por mí! ¡y eso es lo que yo quiero, que se muera por mí! No... que se muera del todo, no: que esté á punto de morirse de puro cariño y que yo se lo impida. ¡Quererse muchísimo! ¡si esto es tan hermoso! ¡Bien dice papá en sus dramas: muy hermoso! Se sienten ansias... qué sé yo... de hacer algo muy bueno y muy sublime... para que Dios se ponga muy contento... Y brotan deseos de escribir versos muy bonitos... con palabras muy dulces y muy pulidas; aunque no se entienda lo que digan, no importa: lo que importa es que suenen bien, tiernamente... melodiosamente... como las notas del piano, que tampoco dicen nada y dicen mucho. (Empieza á hacer escalas en el piano.) Quisiera ser pájaro para hacer trinos y poeta para escribir endechas; ¡y qué cosas diría! ¡Sol... luz... nube... sueño... suspiro... beso... azul!... (Si se quiere, puede cantar algo muy breve y muy tierno.)

ESCENA V

LUISA; PEPE y ENRIQUE, vienen de fuera.

ENRIQUE. ¡Calla!... ¡mira!... ¡oye!... ¡silencio!... (Deteniendo á Pepe y parándose á oir.) ¡Hombre, parece imposible que un hermano tan antipático y tan agrio como tú, tenga una hermana tan bonita, tan dulce y tan poética!

LUISA. No... no es esto... Siento más diciendo palabras sueltas... sin sentido... como pájaros que se escapan de la jaula y se van por el balcón... ¡Aire... sol... fuente... brisa... beso... azul!... (Haciendo escalas y dando entonación musical á las palabras.)

PEPE. ¡Diablo!... ¿qué dice esa chica?... ¡un beso azul!

ENRIQUE. ¡Del color que tú quieras, Luisita! (Acercándose á ella.)

LUISA. ¡Ah!... ¡Enrique!... ¡Traicionero!...

PEPE. ¡Adiós, hermana! ¿Con que todos nos sublimamos?

LUISA. ¡Hola, Pepe!

PEPE. ¡Sigue, sigue paseándote por el *espacio azul!* Yo me voy á mi cuarto, es decir, á las negruras del desengaño, á buscar mi drama, que pronto vendrán esos señores.

LUISA. Que lo leas bien.

PEPE. Lo leeré como pueda: hoy no me siento de buen temple.

LUISA. Hay que dominarse.

PEPE. ¡Diez dominaciones hago en el gimnasio! ¡Pero esta lectura!... La octava: por lo menos la octava. Se lo leí á ése (Señalando á Enrique) y á otros tres amigos, y les gustó mucho. Dijeron que era una revolución en el teatro: lo que se llama una revolución: ¡un noventa y tres literario! Después, á vosotras: á mamá y á tí. Y llorásteis como dos Magdalenas. ¡Señor, cuando un drama hace llorar, algo tendrá! Bien vamos, pensé yo. Me dió vergüenza leérselo á papá; pero conseguí que un amigo se lo leyera á don Pablo, sin decirle que yo era el autor. ¡A don Pablo, el célebre dramaturgo, el rival de mi padre! Pero don Pablo ni ve, ni oye, ni entiende. Para él sólo lo suyo es bueno, y después de mucho trasteo, vino á decir que el drama era imposible. (Con ira reconcentrada.) ¡Ya veremos si es *imposible!*

LUISA. ¿Pero por qué no pruebas en algún teatro, á ver si te lo admiten?

PEPE. He probado en *cuatro teatros:* en unos, buenas palabras; en otros, malas palabras: con mucha finura ó

con mucha grosería, todos me lo han devuelto. ¡Devolverme mi drama!... ¡á mí! Pero esta es la última prueba... ¡y como salga mal!... ¡como salga mal... me la pagarán todos!... Que quiera ó no quiera mi padre, me meto á crítico. ¡Ah, cuando yo sea crítico! Cuando pueda decir en letras de molde, *¡qué caida!... ¡todo falso!... ¡efectismo!... ¡pobre arte dramático!... ¡qué decadencia!... ¡á dónde vamos!...* ¡Calderón, Lope, Ayala, tapáos bien con el sudario para no ver ni oir estas miserias!... ¡Pataplúm, al abismo todo el Parnaso moderno!... Y al pie del artículo, mi firma: el *vengador*, ó el *justiciero*, ó el *implacable*. ¿Entendéis?... la última prueba... ¡Efectismo!... ¡todo falso!... ¡el implacable!...

Sale furioso.)

ESCENA VI

LUISA y ENRIQUE

LUISA. Pobre Pepe, está loco con su drama. Pero á tí qué te parece, ¿puede representarse?

ENRIQUE. (Con aire de suficiencia.) Pepe tiene mucho talento, y en la obra hay rasgos bellísimos: alguna inexperiencia, pero esto es inevitable. No ha querido imitar mi ejemplo. Desdeña las obras en un acto, esos ensayos en escala modesta, pero siempre útiles, á que yo vengo dedicándome hace años; y es claro, en un día no puede adquirirse la práctica teatral que yo poseo.

LUISA. Pero en pocas palabras, ¿el drama de Pepe, es bueno ó malo? ¿Puede ó no puede representarse? ¿Cuál es tu opinion?

ENRIQUE. Te diré. Yo creo, que si se lo admiten y se lo representan con esmero... variando algunas escenas del primer acto; cambiando por completo el final del segundo; dando otro giro al tercero; suprimiendo un par de personajes; aligerando toda la obra; limando el estilo; justificando casi todas las entradas y salidas, que á decir verdad no están justificadas; destacando

más el carácter del protagonista, y poniendo algunos golpes de efecto, la obra podrá obtener un éxito bastante lisonjero para un principiante.

LUISA. ¡Toma, toma... pues no has dicho nada! Entonces la obra es un disparate. Pues á mí me parece muy bonita. ¿Con que no te gusta?

ENRIQUE. ¡No tal, no tal! La obra demuestra que su autor tiene grandes condiciones.

LUISA. Pues Pepe tendrá grandes condiciones; pero tu condición en cambio es pésima. Condición de ingrato, que es la peor. ¿Por qué no me escribiste esta mañana?

ENRIQUE. No pude, Luisita; no pude. A *las ocho* tuvimos ensayo extraordinario de mi nueva *Revista*. ¡Qué obra, hija mía; qué obra! ¡Qué éxito se prepara! ¡Ochocientas representaciones! ¡Tres mil duros! Que con los seis mil que tengo ahorrados, son nueve mil... ¡y nos casamos!

LUISA. ¿De veras?... ¡Burlón!... ¿A que no?

ENRIQUE. Nos casamos; ¡resolución irrevocable: éxito seguro: triunfo inmenso: Vicaría en perspectiva: final enloquecedor!

LUISA. ¿Y si te silban? ¡Fiasco lastimoso, boda aplazada, separación inevitable y casa paterna á perpetuidad: vaya un final!

ENRIQUE. ¿Silbarme á mí? ¿Cuándo has visto tú eso? ¡Si cuento más batallas teatrales que tu padre, y más victorias que el Cid! ¡Si esta obra es lo más grande que se ha visto en el teatro... en el teatro por horas! El género iba pasando: el gusto decaía, es verdad; pero yo le daré nuevo aliento: yo le levantaré de su postración. Figúrate una hoguera que se apaga y en que se arroja un quintal de pólvora... pues eso... ¡una explosión! ¡O dos explosiones! ¡O tres explosiones!

LUISA. ¡Vamos, un polvorín que vuela!

ENRIQUE. Justamente: mi cerebro que estalla.

LUISA. ¿Y la Revista ó lo que sea, tiene título?

ENRIQUE. Ya lo creo: atiende: «El encierro y la corría.»

LUISA. ¿El encierro y la corrida?

ENRIQUE. No: no digas corrida: *corría*. Es un estudio satírico-político-taurómaco-simbólico. Aquí para entre los dos: un derroche de ingenio.

LUISA. A ver... á ver. (Con interés.)

ENRIQUE. Figúrate tú que los ocho ministros responsables están representados por las ocho reses que han de lidiarse.

LUISA. ¡Ave-María purísima; qué atrocidad!

ENRIQUE. Chica, puro *simbolismo por horas*. Las ocho reses, los ocho ministros; porque así como hay toro de gracia, hay presidente sin cartera, y aquí empieza el símbolo. Con que ahora, figúrate tú lo que yo podré hacer con las ocho reses; es decir, con los ocho personajes. Podré pedirlo todo para ellos, desde banderillas de fuego hasta que les arrastren las mulas. Cuando tuve esta idea, se abrió ante mí un horizonte inmenso. Ví una cantera inagotable de gracias, equívocos, insultos, escarnios, puyazos y estocadas.

LUISA. Pero Enriquito, perdóname; todo eso me parece muy grosero.

ENRIQUE. No lo creas: si lo fuese no iría á verlo, como ha ido durante años y años, el público más fino y selecto; ni aplaudiría como ha aplaudido; ni se reiría como se rió á mandíbula batiente; ni habría ganado yo los seis mil duros de marras. Hija, todos los géneros son buenos, todos son lícitos, ¡libertad para el genio!

LUISA. Bueno, ¿y qué haces con esos pobres señores?

ENRIQUE. Pues ya te lo he dicho y el título lo dice: «El encierro;» pues encerrarlos. «La corría;» pues correrlos; es decir, *lidiarlos*. ¡Si es una cosa admirable! mira: los espadas, banderilleros y picadores, son *los diputados de oposición:* el público de los tendidos, *el país:* y los cabestros, *la mayoría*. ¿Pero ves tú qué crítica tan punzante, tan ingeniosa y tan delicada?

LUISA. Sí, sobre todo *muy delicada,* y muy desvergonzada, y muy necia, como dice papá.

ENRIQUE. Tu papá va por las nubes y se le pierde de vista. Nosotros hacemos reir; hacer reir es el gran triunfo del

arte. Pero si esto se ha hecho siempre, y por los más esclarecidos maestros. ¿Tú no has oído hablar de Aristófanes? Pues era uno de los nuestros.

LUISA. ¿Aristo... qué?

ENRIQUE. Aristófanes; un célebre dramaturgo, ó mejor dicho, revistero romano... no, griego... esto es, griego... no, digo bien, romano. En fin, poco importa: un insigne escritor de la antigüedad. Pero querida Luisa, si esto es la sátira político-filosófico-teatral.

LUISA. ¿De modo que tú escribes la sátira político-filosófico-teatral? Vamos... vamos... eso es otra cosa.

ENRIQUE. Como Aristófanes; ni más, ni menos.

LUISA. ¿Pero tú has leído las obras de ese autor?

ENRIQUE. Sus obras precisamente, no. Pero sé lo que dicen. No he querido, ¿sabes tú? no he querido marchitar la frescura, la lozanía y la espontaneidad juvenil de mi propia inspiración, con influencias exóticas de un arte que pertenece á otras edades. Además, que para llamar á un hombre político, simbolizado de esta ó de aquella manera, «¡tunante, canalla, imbécil, morral, mamarracho!» no es preciso leer á Aristófanes; para eso me basto y me sobro yo.

LUISA. ¿Y tú crees que la obra gustará? Porque ya ves tú, si el que nos casemos depende de que tú insultes á tu gusto á esos señores, será preciso que se dejen insultar; ¿á ellos qué les importa? ¿Pero cómo recibirá el público las banderillas, las puyas, las mulas y los cabestros?

ENRIQUE. Perfectamente; como ha recibido siempre estas cosas, con aplausos y carcajadas. Lo malo no es eso, sino que tenemos un conflicto. Figúrate tú, que yo había acomodado mi obra, sus chistes, sus alusiones, sus pinchazos, toda la máquina satírica, en suma, á los ocho ministros que ocupaban el poder cuando yo escribía mi Revista. La presento, se ensaya, se pintan decoraciones, se hacen gastos, se confeccionan ocho cabezas de cartón, retratos fidelísimos de los ocho ministros...

y ¡cataplúm, una crisis! Caen los ocho y suben otros ocho; ¡qué conflicto! ¡Ves tú qué falta de consideración con el arte! ¡Si aquí no se puede trabajar, ni se puede escribir, ni hay estabilidad para nada!

LUISA. Ni se puede insultar tranquilamente á nadie.

ENRIQUE. ¡Qué criatura! ¡Que no te salen de la cabeza las ideas de tu padre! Si todo ello es cuestión de reirse un poco y de ganar unos cuartos: ni á ellos les importa, ni yo les tengo mala voluntad. A muchos de ellos ni les conocía, hasta que no ví las cabezas de cartón.

LUISA. ¿Y no puedes ganar dinero escribiendo otras cosas?

ENRIQUE. No, hija; no es posible: tu padre escribe por lo serio, y ya ves lo que gana. Para que la gente se divierta, es preciso que alguien sufra: una víctima. El gladiador en el circo: el hereje en la hoguera: el toro en el redondel: el político moderno, entre bastidores y bambalinas.

LUISA. Pero dice papá que el arte...

ENRIQUE. ¡Qué arte ni qué zarandajas! medrados estaríamos si nos dedicásemos al arte.

LUISA. Pues Pepe...

ENRIQUE. A Pepe le darán una silba, le desollarán los críticos y no ganará un cuarto. ¡Déjame, tontina; déjame escribir Revistas: que así seré rico, nos casaremos, y á París! ¿Quieres tú ir á París?

LUISA. ¿A París? ¡pues si es mi sueño dorado!

ENRIQUE. Pues déjame llevar, á lo que pudiéramos llamar el *redondel escénico*, á los políticos, y déjame lidiarlos.

LUISA. Pues ¡ea! ¡Al redondel los políticos! ¿y no hay nadie más á quien llevar?

ENRIQUE. En rigor hay mucha gente á quien pudiera llevarse á la lidia.

LUISA. Pues á lidiarlos á todos.

ENRIQUE. Los artistas...

LUISA. ¡A la arena los artistas!...

ENRIQUE. Los autores dramáticos... pero esos son compañeros.

LUISA. ¡Qué compañeros! Cuando nos casemos, tú no tendrás

más compañero que esta compañera. ¡A lidiar autores!

ENRIQUE. Y también hay clases sociales enteras que se prestan á la sátira...

LUISA. ¡Banderillas de fuego á todas las clases sociales! ¡Y á París! ¿verdad?

ENRIQUE. Pero antes nos pasaremos por la Vicaría.

LUISA. ¡A París por la Vicaría y á Roma por todo!

ESCENA VII

LUISA, ENRIQUE y GERTRUDIS; luego DON ANTONIO y TELESFORO; después PELÁEZ y BORROSO

GERT. ¡Teresa!... ¡Teresa!... ¿pero qué hace esa chica? ¡han llamado dos veces! ¡deben ser ellos!... ¡Teresa!... ¡Ah! ¿está usted aquí?

ENRIQUE. ¡Señora!... muy felices.

GERT. Muy buenos los tenga usted... (Asomándose al pasillo.) Sí, ellos son. Antonio... don Telesforo... (Acercándose á la derecha.)

ANTONIO. (Entra con Tetesforo.) Ya voy, mujer. ¿Son ellos!

GERT. Sí, hombre; sí: Peláez y Borroso. (Gertrudis y don Antonio se aproximan á la puerta para recibirlos.)

ENRIQUE. Mis dos grandes enemigos. (A Luisa.)

LUISA. ¿Estás mal con esos señores?

ENRIQUE. A matar. Criticaron mi última Revista y les disparé un artículo ¡incendiario! ¡explosivo! Al uno le dije que no sabía castellano: al otro que no conocía ni de vista al sentido común: y á los dos que esperaba sus obras futuras para tomarlas por modelos.

LUISA. Pero Enrique, ¡tú no respetas á nadie!

ENRIQUE. Es la única manera de que me respeten á mí.

ANTONIO. Por acá... á mi despacho... (Entran Peláez y Borroso.) Hace tanto que no honran ustedes esta casa, que ya han olvidado ustedes el camino.

PELAEZ. ¡Ocupaciones inevitables!... (Marcando las ves.) trabajos mil... compromisos múltiples... pero siempre queriéndole y estimándole muy de veras.

BORROSO. ¡Abrumado! querido Antonio, ¡abrumado!
PELAEZ. Señora mía... (A Gertrudis.)
BORROSO. Doña Gertrudis...
GERT. No sé si saludar á ustedes; ¡más de un año sin visitar esta humilde choza!
PELAEZ. Confesión plena: somos, en verdad, dos criminales.
BORROSO. Con circunstancias atenuantes.
PELAEZ. Tanto bueno... (A Telesforo.)
BORROSO. Tanto malo... (Idem.)
TELESF. Junta de rabadanes... autor en peligro.
GERT. Ya no conocen ustedes á Luisa...
PELAEZ. ¡Luisita!... ¡pero ésta es Luisita!... ¡dejé una niña y encuentro un ángel!... una visión celeste, una *idealidad*... ¿no le parece á usted, Borroso?
BORROSO. ¡Una mujer!... ¡toda una mujer!... ¡qué formada!... ¡qué cuerpo tan esbelto!... ¡qué color!... ¡Así, así... mucho glóbulo rojo! Ya eres grande para darte un beso... que si no...
PELAEZ. ¡Su mejor creación de usted, don Antonio!... ¡Su más valiosa obra!
BORROSO. ¡Y ésta acabará por boda!
ANTONIO. Allá veremos.
LUISA. (A Enrique.) ¡Qué bromistas!...
ENRIQUE. ¡Sí, muy bromistas! pero el uno con su visión celeste y su *idealidad* y el otro con sus *glóbulos rojos,* te miraban los dos ilustres críticos por *manera sobradamente expresiva*. (Marcando también las *ves* para imitar á Peláez.)
LUISA. ¡En cambio á tí ni se han dignado mirarte! (Riendo.)
PELAEZ. ¿Y el futuro autor dramático, dónde está?
GERT. Aquí viene.

ESCENA VIII

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO, TELESFORO y ENRIQUE; PEPE, con seis cuadernos.

PELAEZ. ¡Hola! ¡hola! ya tenemos en nuestro poder al criminal.
BORROSO. Con el cuerpo del delito bajo el brazo.

PEPE. Aquí me tienen ustedes á sus órdenes, muy agradecido á su bondad y muy confuso por el mal rato que voy á darles.

BORROSO. No será tan malo: y en todo caso, para eso son los amigos.

PELAEZ. Sospecho que será deliciosísimo. ¡Ah! ¡la juventud! ¡la esperanza! ¡Para la juventud son todos los horizontes!... Tiene cara de poeta, ¿verdad? (A Borroso.)

ENRIQUE. ¡Qué ingenio y qué cosas tan nuevas dicen! (A Luisa.)

LUISA. Pues hijo, no tiene nada de particular lo que dicen.

ENRIQUE. Por eso, porque no tiene *nada de particular*, no pasan de ser dos *simples particulares*, con todas sus pretensiones de seres singularísimos.

ANTONIO. Pero vamos sentándonos, que cuanto más pronto empecemos, más pronto podremos concluir.

ENRIQUE. (¡También don Antonio dice á veces cosas nuevas!) (Aparte.)

GERT. No sean ustedes muy severos.

PELAEZ. ¡Por Dios, señora!

BORROSO. ¡Señora, por Dios!

ENRIQUE. (¡Y continúa el derroche de ingenio!) (A Luisa.)

LUISA. (¡No seas criticón!) (Se van sentando, cuando llega el momento, en el orden siguiente de izquierda á derecha: Peláez, Borroso, don Antonio; enfrente de una mesita, Pepe; Telesforo, Gertrudis, Luisa y Enrique.)

GERT. Querrás agua... ¿verdad?... ¡Teresa!... (Acercándose á la puerta.)

TERESA. ¡Señora!...

GERT. Trae un vaso de agua: el agua templadita y con azucarillo; pero antes acerca más la mesa... (Sale Teresa.)

BORROSO. ¿Ve usted, amigo Peláez, cómo en la vida la realidad se impone? Vamos á leer un drama probablemente romántico, y sin embargo, nuestra buena amiga ha dicho con una naturalidad encantadora y porque la situación lo exigía: Teresa... acerca la mesa... agua... templada... azucarillo... palabras prosáicas, pero naturales... ¡Oh! la naturalidad... mejor dicho. ¡La Na-

turaleza! ¡La Naturaleza! (Mientras dicen esto, se coloca la mesa.)

PELAEZ. ¿Pero dónde está aquí la Naturaleza?

ANTONIO. Si les parece á ustedes... Empezaremos, ¿eh?

PELAEZ. Cuando el autor venga en voluntad. (Teresa entra con un vaso de agua y una bandeja de azucarillos; este es el momento en que todos se sientan.)

TERESA. ¿Están aquí bien? (A Pepe.)

PEPE. Sí, muy bien.

TERESA. (Pues nosotros... mi primo y yo... allá... detrás del portier oyéndolo todo: ¡lea usted alto!)

PEPE. (Ya está el público completo: no falta ni el elemento popular: críticos, escritores, clase media, familia y pueblo.) Con el permiso de ustedes. (Leyendo.) «Acto primero.»

BORROSO. Permita usted: ¿no tiene título?

PEPE. Tiene varios títulos y por eso no tiene ninguno. Primero pensé que se titulase «Alvaro» á secas: nada más: «Alvaro.»

PELAEZ. No me gusta: francamente: ¿qué quiere decir Alvaro? no quiere decir nada.

BORROSO. O quiere decir mucho: un plagio, una imitación de «Don Álvaro ó la fuerza del sino.»

GERT. Y además tu primo se llama Álvaro: no se deben sacar al teatro los nombres de la familia. ¿No es verdad, don Telesforo?

TELESF. Por su boca de usted, doña Gertrudis, habla la prudencia.

LUISA. ¡Pues á mí me gusta Alvaro!

ENRIQUE. ¡Que te gusta tu primo!

LUISA. No, tonto. El título que dice Pepe.

ANTONIO. Desechado el título.

PEPE. También pensé llamarle «El hijo de sus obras.»

BORROSO. ¡No por Dios, Pepe! ¡no por Dios! Ese título anuncia un drama moral, muy moral: moral casera y empalagosa: moral cursi. Joven, huya usted de la moral en el teatro.

PEPE. Otro título tuve en proyecto: «La lucha por la existencia.»

PELAEZ. ¡Nunca! *¡Jamás de la vida!*, como dicen en la vecina Francia. Escuela materialista, naturalista, positivista: ¡lucha de bestias por un pedazo de carne! ¡Lo grosero, lo repugnante, lo inmoral! ¡Sin moral no hay arte, ni belleza, ni teatro, ni ideales, ni porvenir! Joven, la moral; la moral en todas partes, y más que en ninguna, en el teatro.

GERT. Dice usted muy bien, don Atilano: desechado el título: la moral, hijo, la moral.

PEPE. ¿Y qué les parece á ustedes el *Moderno condotiero?*

TELESF. ¡Qué se yo! ¡No me satisface del todo! Es muy pretencioso; muy efectista; muy de cartel; demasiado.

ANNONIO. Tienes razón; demasiado.

PEPE. ¿Con que arrinconamos el título?

ANTONIO. Por arrinconado: ahora leamos el drama, que luego podremos bautizarlo.

PELAEZ. Perfectamente. Perdone usted, Pepe, ¿está en prosa ó en verso?

PEPE. Este que voy á leer, está escrito en verso. (Con resignación.)

BORROSO. ¡Ea! Ya cayó usted en la niñería de los versos: el verso está mandado recoger.

PELAEZ. ¡El verso es eterno!

ANTONIO. ¡El verso es inmortal, como todo lo que es divino! (Se van acalorando.)

BORROSO. ¡El verso es un juguete de las primeras edades!

PELAEZ. Le digo á usted que es eterno: eterno señor mío, como todos los grandes moldes en que se vacía el sentimiento. ¡En verso está la melodía que conmueve los aires, y el rayo de luz que en ondas vibrantes cruza el espacio, y el canto espontáneo de la musa popular! Medida y ritmo tienen las palpitaciones del corazón; medida y ritmo tiene el gorjeo del pájaro. Todo lo bello, todo lo grande, tiene medida y ritmo: lo dijo Pitágoras: la armonía y la música de las esferas, el volver

acompasado de las estaciones, el ondular del Oceáno; la humanidad que en su trabajo incesante es como un inmenso diapasón de los seres y de las cosas, de cuanto fué, de cuanto es, de cuanto será en lo porvenir. Todo vibra, todo ondula, todo canta, todo versifica á su manera; desde la miés que se mece, á la marea que palpita; desde el astro gigante que voltea, al arroyuelo que murmura en ondas, en ondas... en ondas... ¡de agua... agua! (Se bebe el vaso de agua.)

PEPE. Teresa... más agua.

BORROSO. Usted lo ha dicho: música: todo eso es música. Tanto les importa al Oceáno, á la miés, á la fuente y á la marea con que nos está usted mareando, de la medida y el ritmo, como á mí de los golpes de almirez que estará dando ahora mi cocinera. Las cosas, sépalo usted, son lo que son: la Naturaleza es la Naturaleza, y déjese usted de palpitaciones. El verso es una forma infantil propia de niños, de mujeres y de poetas melenudos. Los hombres de este siglo no somos muñecos: queremos la verdad, ¿comprende usted? la verdad desnudita, no emperifollada con perifollos poéticos, si no es, que en vez de vestirla á ella nos visten ustedes un maniquí de madera, de cartón ó de mimbre. ¡Yo quiero calor humano, carne humana, realidades sólidas! ¡lo que veo, lo que toco, lo que golpeo, lo que como, lo que bebo! (Se bebe el vaso de agua.)

PEPE. Sobre todo lo que bebe usted. Teresa, otro vaso de agua. (Teresa trae otro vaso.)

ANTONIO. Poco á poco, señor de Borroso: no bastan todos los realistas, positivistas y naturalistas para matar la forma poética, diosa sublime del arte. ¡Ah, señor mío, los muertos que vos matáis, gozan de buena salud! ¿Conque los poetas desde Homero á Víctor Hugo son unos pobres diablos, unos mequetrefes, unos ilusos? ¡Nada, el rasero; á tender el rasero por encima de todos! ¡Rasero de caña, con que quiere usted echar abajo cúspides de granito! ¡Con que Calderón, Lope, Tirso y Mo-

reto, no fueron otra cosa que niños grandes y su raudal de poesía algo así como un entretenimiento infantil: como si dijéramos, pajaritas de papel! Corriente: ¡desde el exámetro griego al romancero no hay más que un trino insustancial, que se prolonga veinte siglos! ¡Gorgoritos y nada más que gorgoritos! ¡Pues mire usted, prefiero ser pájaro á ser cuadrúpedo! perdone usted; al oir ciertas cosas se me enciende la sangre y se me secan las fauces...

BORROSO. ¿Y trina usted? (Riendo.)

ANTONIO. No, señor; me bebo yo también mi vaso de agua.

PEPE. Teresa, agua.

TELESF. Ustedes exageran, unos y otros exageran: el campo literario es bastante ancho para que todo quepa en él. ¡Nada de proscripciones sistemáticas, nada de exclusivismos! Paz y concordia entre los príncipes y cristianos. (Los tres disputan con calor.)

TERESA. Señorito, ¿pero no empieza usted? (Aparte.)

PEPE. Cuando se pongan de acuerdo estos señores. (Aparte.) ¡Pues lo que es este no se lo bebe nadie más que yo!

LUISA. ¿Pero no empieza Pepe?

GERT. Vamos, Pepe, no molestemos mucho á estos señores.

PELAEZ. Dicen bien estas señoras.

PEPE. ¿Pero cuál quieren ustedes que lea? ¿el drama en prosa ó el drama en verso?

BORROSO. ¿Pero tiene usted dos dramas? (Con cierto terror.)

PEPE. Tengo uno en los dos idiomas.

TELESF. Hombre prevenido...

PEPE. Les diré á ustedes... Un amigo mío le leyó el drama en verso á don Pablo, sin decirle que era mío, por supuesto. Y don Pablo opinó... que había algo en el drama, pero que como el pensamiento era profundamente realista, no le cuadraba el verso; y entonces lo escribí en prosa y se lo leí yo mismo al mismo respetable señor, y don Pablo me aseguró, que como el argumento era extraordinariamente idealista, le convendría más el verso; y por eso tengo dos ejemplares. No se lo presenté

á ningún músico, que en otro caso podía ofrecer á ustedes otro tercer ejemplar en solfa.

PELAEZ. Cosas de don Pablo.

ANTONIO. Con que, vamos, empieza de una vez.

PEPE. ¿Por cual?

LUISA. Por el drama en verso: es donde está lo del peine.

TELESF. ¡Ya pareció el peine!

PEPE. Bueno: pues el drama en verso.

GERT. Podía leer los dos.

BORR. } (Con movimiento de terror.) ¡Los dos!
PELAEZ. }

ANTONIO. Lee el que has dicho: el drama en verso.

PEPE. Bien: son tres actos.

BORROSO. ¡Tres nada más! El drama moderno debe tener cuatro ó cinco: en tres actos es imposible desarrollar los caracteres: la escuela francesa nos da el ejemplo.

PELAEZ. Nuestro público no es el público francés: nosotros somos más nerviosos. Tres actos, joven, tres actos. Esa es la tradición.

ENRIQUE. Creo que Pepe tiene un drama en tres actos, otro en cuatro y otro en cinco. Ustedes escogerán.

ANTONIO. A ser posible, eso sería lo mejor. Con que vamos allá, y empieza por fin.

PEPE. «Acto primero... escena primera.»

PELAEZ. ¿Va usted á empezar por la escena primera?

PEPE. Don Atilano, ¿ni aun en eso están ustedes conformes? ¿Aun en eso hay dudas? ¿Pues por qué escena quiere usted que empiece?... (Con acento de asombro y resignación.) ¡Agua, Teresa! (Ahogándose ya.)

PELAEZ. No me ha comprendido usted. Quise decir, si iba usted á empezar por la escena primera sin decirnos antes lo que la escena representa.

PEPE. Representa una buhardilla. (Con resignación más marcada.)

PELAEZ. Algo me ocurre que decir, á propósito de la buhardilla... pero adelante.

BORROSO. ¿Muy pobre la buhardilla?

PEPE. No suelen ser muy ricas. Pero, sí, señor, muy pobre.

ANTONIO. ¡Por todos los santos de la corte celestial, empieza!

PEPE. «La escena representa una buhardilla muy pobre: una ventana que da sobre los tejados: desde ella se descubre todo Madrid como á vista de pájaro: es de noche: á veces sale la luna de entre nubarrones, otras se oculta: Alvaro, en pie junto á la ventana, contemplando con mirada ardiente el fantástico panorama de la villa y corte.» Como son acotaciones, están escritas de cualquier modo. Y dice Alvaro:

Noche que envuelves de la impura villa
todo el espacio con tu manto negro,
arrastrando en confusos horizontes
las ricas orlas del flotante velo;
Noche que aquí me ves pobre y vencido,
paria del mundo que ante mí contemplo,
«desperdicio social, escoria humana,
andrajoso mendigo, ruín y hambriento;»
Noche, ¡mírame bien! de tu pupila
dilata el turbio y anchuroso cerco,
«y del mísero sér graba la imagen
en el oscuro impenetrable hueco.»
¡Mírame bien, que soy ave de presa,
con alas de condor, pico de acero
y garras poderosas, que se encogen
cuando tira del músculo el deseo.
Otro nido no hallé ni á más altura:
desde él mi presa recogido acecho,
«la esperanza dilata mis pulmones,
me presta el hambre estímulos de fuego,»
y cuando rompa el alba por Oriente
abatiré sobre Madrid el vuelo;
sobre esa corte soñolienta y rica,
cuya sangre beber con ansia quiero,

NOTA. A fin de aligerar, pueden suprimirse los ocho versos que van entre comillas.

convertida en placeres y riquezas
que harten de goces mi robusto cuerpo.
Noche que envuelves de la impura villa
todo el espacio con tu manto negro,
«arrastrando en confusos horizontes
las ricas orlas del flotante velo;»
vuelve á verme otra vez, mas no me busques
bajo este ruín aborrecido techo.
Mis alas se abren, mi pulmón se ensancha,
rayos del alba cruzan por el cielo;
¡abajo, á la rapiña, que la presa
sienta mi garra en su carnoso cuello!

(Se detiene esperando que le digan algo.)

GERT. ¿Verdad que es muy bonito?

TELESF. No está mal... calor... fuerza... sí... hay algo... hay algo...

LUISA. A mí me gusta más lo del peine de plata.

PELAEZ. No puede negarse que hay fantasía... ó por lo menos algo así como una visión fantástica...

BORROSO. Eso del deseo tirando del músculo y lo del cuello carnoso, esas dos cosas están muy bien: nada, Pepe, por ese camino. ¿Y usted, qué opina?

ANTONIO. Yo no tengo voto.

PELAEZ. ¿Y en qué pára? Convendría que nos diese usted una idea.

PEPE. Pues Álvaro se precipita en la batalla social, y lucha, y vence, y es poderoso, y llega á la cúspide; pero se ha dejado en los breñales del camino y en los furores de la refriega, sus esperanzas, sus ilusiones, pedazos de la conciencia, la juventud, el amor, toda la savia de la vida, todo el jugo del corazón, todos los divinos espejismos del alma. Llega la hora de la muerte y va muriendo entre fausto y poderío; pero se acuerda de su pobre buhardilla y hace que le lleven á morir á su primer nido, de frente á la misma ventana, contemplando el mismo cielo majestuoso, eterno, inalterable; á su pobre buhardilla, á ver si todavía quedó olvidado

en aquel mísero recinto, alguna ilusión, algún deseo ó alguna esperanza. Este es el drama.

PELAEZ. Hay algo: es una idea: una idea fecunda y vigorosa.

ANTONIO. Es una idea.

GERT. Muy triste.

BORROSO. Yo prefiero el deseo tirando del músculo y encogiendo la garra sobre la presa.

ENRIQUE. Yo lo que veo es que ya tienes título. ¿No has visto en los toros, cómo el animal le toma querencia á un sitio y á él va cuando se siente morir? Pues tu drama es «la querencia á la buhardilla.» (Todos se ríen.)

ANTONIO. Pues yo no me río. Es un mal sistema de usted (A Enrique.) y de cierta crítica moderna, ese sistema de ponerlo todo, lo bueno y lo malo, en solfa. No lo digo por la obra de Pepe: hablo en términos generales. De lo necio, se ríen los hombres serios, es verdad; pero de lo serio, sólo se ríen los necios. Sépalo usted. Buena es la risa en labios discretos, pero es irresistible cuando se apodera de un tonto. ¡Ah, qué síntoma tan funesto cuando un hombre ó una sociedad entera no sabe hacer otra cosa que reír! Es que se secó el cerebro y no sabe pensar; es que se arrugó el corazón y no tiene fuerzas para mandar lágrimas á los ojos; es que faltan pasiones y el hogar de la locomotora humana no se enciende; es que se va acabando todo, y por este camino podría llegar un momento en que no quedase más que una manada de imbéciles dividida en dos bandos, una mitad frente á otra mitad, y riéndose los unos de los otros como idiotas que serían todos ellos.

LUISA. Se enfadó papá. ¿Para qué dices tú nada?

ANTONIO. Adelante con tu drama.

PEPE. Mis alas se abre, mi pulmón se ensancha;
rayos del alba cruzan por el cielo;
abajo, á la rapiña, que la presa
sienta mi garra en su carnoso cuello.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GERTRUDIS y LUISA, trabajando junto á la mesita; sobre ella un quinqué encendido.

LUISA. ¡Qué noche tan larga! Las nueve y media, y creí que eran lo menos las once.

GERT. Es natural: hemos comido muy temprano, y desde las siete á las doce hay muchas horas.

LUISA. El empeño ha sido de papá: como él se fué al teatro, allá el tiempo se le hará breve; ¡pero á nosotras!...

GERT. Tratándose del teatro, tu padre pierde la cabeza. ¡Un estreno y faltar él! ¡Ya es fácil!

LUISA. Y con él se fué Pepe: y acompañando á los dos estará Enrique: y formando corro con los tres y haciendo comentarios, don Atilano, Borroso y don Telesforo. ¡Y la mamá y la pobre hija, en soledad espantosa! Buena noche y divertida nos proporciona el drama de don Pablo.

GERT. Peor la pasará él si se lo silban.

LUISA. Bien lo merecía por las estorsiones que nos causa, y

el aburrimiento que nos proporciona. Por mí, no siendo á papá, que silben al género humano.

GERT. No tengas malas intenciones: no quieras para el prójimo lo que no quieras para tí. Escupimos al cielo y nos cae en la frente. No acaricies malas ideas contra don Pablo.

LUISA. Si yo no acaricio nada. Para caricias estoy yo, y tengo los nervios tirantes como cuerdas de violín. Dar un cachete, echar las uñas, echarme á llorar, eso sí que me costaría poquísimo trabajo.

GERT. Toma azahar, hija; toma azahar.

LUISA. ¡Válgame Dios, qué desdichada soy! (Con mimo y algo de lloriqueo.)

GERT. ¿Qué tienes?

LUISA. Que no me dices nada, y eso es mala señal.

GERT. ¿Qué quieres que te diga?

LUISA. Lo que dijo papá, cuando le dijiste, lo que yo te dije, sobre lo que me había dicho Enrique.

GERT. Muchos dichos son esos.

LUISA. Pues aún faltan los de la boda.

GERT. Pues no hay boda; al menos en unos cuantos años no hay boda.

LUISA. ¡Es decir que papá se opone! ¡Que no tiene compasión de mí, ni de Enrique, ni de nadie! ¡Si se tratara de Pepito! Pero soy yo... se trata de Luisa... y Luisa poco importa que se muera de dolor... porque me moriré... ya siento una opresión en el pecho... y una debilidad... y una tristeza... y toso... toso mucho... con una tosecilla seca y profunda... que da lástima á todos los que me oyen... (Tose varias veces, pero bien se ve que no tiene ganas de toser.) ¡Oyes!... Así tosía aquella Elvira del último drama de papá, y se murió.

GERT. Bueno: pues toma flor de malva.

LUISA. ¡Ya se arrepentirá papá cuando me vea muy blanca la cara, y vestida de blanco, y con mi corona y mi palma!... ¡Ay, qué pena tendré yo también cuando me vea muerta!... ¡Morir tan joven! (Lloriqueando.)

GERT. No digas desatinos: estás fuerte y robusta, y con un color de rosa que da gusto verte.

LUISA. Sí... buen color... ¡la fiebre!

GERT. Déjame de tonterías y de romanticismos trasnochados.

LUISA. ¡Ya lo creo: como que anoche no dormí!

GERT. Así dormirás mejor esta noche.

LUISA. Pero vamos á ver: ¿en qué funda papá su oposición?

GERT. En que Enrique es un chicuelo sin sustancia, sin talento probado, sin carrera, sin porvenir seguro.

LUISA. ¡Vírgen Santísima! Que es un chicuelo, y en Abril cumplió veintidós años; que no tiene sustancia, y es tan sustancioso y tan ingenioso todo lo que dice; que no tiene carrera, y está en tercer año de leyes; que no tiene talento... ¡esto sí que no puede decirse! Y en cuanto á su porvenir, sepa usted que el año pasado ganó treinta mil reales; con que vea usted si podrá sostener á su mujercita: á mí, que gasto tan poco, que casi no cómo y casi no visto, y que, si es preciso, comeré menos y no vestiré.

GERT. (¡Pobrecilla!... El caso es que en parte tiene razón.) (Aparte.) Vamos, Luisita, esas son ilusiones y cuentas galanas.

LUISA. Perdona, mamá; pero son cuentas muy exactas. Pongamos que Enrique no gana más que treinta mil reales hasta concluir su carrera, dentro de tres años; pues vivimos con eso, y muy bien, durante esos tres años: al cuarto pone bufete, y gana diez mil más; son cuarenta mil: al otro gana otros diez mil más; son cincuenta mil: al otro sube su fama, y gana ochenta mil; porque en cuanto hable en el foro, se espanta todo el Colegio de Abogados. ¿Tú no sabes lo que es Enrique? Es capaz de pedir las cabezas del tribunal, del fiscal y de los jurados «¡por iniquidades cometidas con su defendido!» (Con tono oratorio.) En fin, mamá, que á la vuelta de una docena de años, tenemos millones, carruaje, palco en el Real, casa de campo, veraneo en Biarritz y temporadas en París, Londres, Roma y San Peters-

burgo. ¿Con que qué más se le puede pedir al pobre Enrique?

GERT. Esas son tus cuentas: ahora oye las mías. Como el capital de sandeces y desvergüenzas que explota Enrique no es inagotable, y como los gustos del público son tornadizos, si hasta aquí ganó tu novio treinta mil reales al año, el que viene ganará veinte mil, y el otro diez mil, y al otro nada. Y al cuarto año, suponiendo que acabe su carrera, que es mucho suponer, y que abra bufete, que es mucho abrir, no ganará un céntimo; y á la vuelta de una docena de años, lo que tendréis será una docena de chicos; y tú, tu esposo y la prole cargaréis sobre tu padre con todo vuestro peso: de modo que en vez de irnos á Biarritz, al Rhin ó á San Petersburgo, á donde iremos será á San Bernardino en procesión ó al hospital en camilla.

LUISA. Dices eso por afligirme, por hacerme llorar; pero no lo crees. ¡Qué desdichada soy! (Llorando.)

GERT. ¡Esas sí que son exageraciones! Mujer, espera cinco ó seis años, y ya veremos.

LUISA. ¡Cinco ó seis años! ¡Virgen del Socorro! ¡Pues seré para entonces una solterona! Y Enrique...

GERT. Un solterón; de modo que no podrá echarte nada en cara.

LUISA. Me echará en cara la mía, que no será la de ahora la que tanto le gusta.

GERT. Acabemos: tu padre lo manda: es preciso que le despidas esta misma noche, ¿entiendes?

LUISA. ¡Ay, qué pena tan grande! El pobre Enrique se muere: de fijo se muere: ¡él, que es tan sensible y que está tan delicado! ¡Tanto como yo! (Lloriqueando.)

GERT. Pues los que están tan delicaditos no se casan.

LUISA. ¡Si es de lo que nos hacen ustedes sufrir! ¡Mamá, tú que eres tan buena, que me quieres tanto, háblale otra vez á papá! Esperaré hasta que Enrique gane el cuarto año de leyes: ¡podemos hacer más! ¡Puedo tener más juicio, más resignación! ¡Puedo ser más obediente!

Pero despedirle... no puedo... no puedo... ¡Ay, Dios mío... Dios mío! (Llorando.)

GERT. ¡Vamos, Luisa, no me des un mal rato!

LUISA. ¡Pues dí que sí!... Como no digas que sí... lloro... ¡y lloro hasta que me deshaga en lágrimas y te quedes sin hija!

GERT. ¡Calla!... ¿No oyes?... Han llamado.

LUISA. Que llamen fuerte.

GERT. Mira á ver quién es.

LUISA. Que vaya Paula.

GERT. No está en casa.

LUISA. Que vaya Teresa.

GERT. A Teresa le dió permiso tu padre para ir al estreno, y además les regaló anfiteatros á ella y á su primo.

LUISA. ¡Muy bien, muy bien! La criada en el teatro y la hija en casa, hecha un mar de lágrimas... y abriendo la puerta como una criada.

GERT. Más vale ser criada que mal criada. ¿Lo estás oyendo? Llaman otra vez.

LUISA. Ya voy: seré la *cenicienta* de la casa... y Enrique el *ceniciento*. (Sale llorando.)

ESCENA II

GERTRUDIS; luego LUISA, PELÁEZ y BORROSO

GERT. ¡Pobre Luisa! No deja de tener fundamento lo que dice. Enrique es listo, trabajador y débil de carácter. ¿Qué más se le puede pedir á un marido? Pero Antonio le ha tomado ojeriza. (Entran Peláez y Borroso.) ¡Tanto bueno! ¿Qué milagro es este?

PELAEZ. Ya usted lo ve: arrepentimientos.

BORROSO. Ya usted lo toca: propósitos de enmienda.

PELAEZ. ¿Pero qué portera han tomado ustedes? (Señalando á Luisa.) ¿Se trocó en paraíso la vivienda de don Antonio y hay *queruvines*, digo, querubines, hasta en el portal?

LUISA. Tardaba la criada, y fuí yo. (Se sientan los dos.)

BORROSO. ¿Y don Antonio?

GERT. ¿Y ustedes lo preguntan? ¿Pues no saben que hay un estreno?

PELAEZ. ¡Ya... ya!... á ver el drama de don Pablo.

BORROSO. ¡Qué aplicada está usted, Luisita!

PELAEZ. Toda una mujer de su casa.

LUISA. Eso quisiera ser, créanme ustedes, mujer de mi casa.

PELAEZ. Pero no afanarse excesivamente: tiene usted la vista cargada: le brillan á usted los ojos con luz vivísima.

BORROSO. ¿Y nuestro famoso autor?

GERT. Pepe se marchó con su padre.

LUISA. No, mamá, con Enrique.

GERT. Bien: quiere decir que todos están allá. Y ahora que no está Pepe... la verdad... ¿qué les pareció el drama?

PELAEZ. Señora, el chico tiene un talento nada vulgar.

BORROSO. El chico es muy observador.

GERT. Pero el drama, ¿puede representarse?

PELAEZ. La obra de Pepe, primera producción de un joven, tiene deficiencias é inverosimilitudes... con todo... revela dotes muy estimables.

BORROSO. Yo le aconsejaría que esperase *cinco ó seis años*. ¿No opina usted...? (A Peláez.)

PELAEZ. Coincidimos por modo verdaderamente lisonjero para mí.

GERT. ¡Cinco ó seis años! eso es una eternidad: entonces, digan ustedes que nunca.

LUISA. Dice muy bien mamá: *¡cinco ó seis años!* ¡eso es una eternidad! Lo que se deja para dentro de *cinco ó seis años*, no se hace nunca. Yo digo como mamá: ahora... ó se acabó.

PELAEZ. ¡Qué viva de carácter es usted, Luisa!

LUISA. Yo repito lo que ha dicho mamá.

PELAEZ. Pues sepan ustedes que yo tengo un drama en cartera hace veinte años, y periódicamente vuelvo sobre él, lo corrijo, lo vigorizo, y de este modo voy consiguiendo, si no una perfección absoluta, cierta perfección relativa: todas las precipitaciones son viciosas: sólo vencen

la paciencia y la constancia, sin violentar nunca á la inspiración, que es voluntariosa de suyo. Dele usted estos consejos á Pepe, aunque ya se los daré yo cuando le vea.

BORROSO. Y yo también le daré los míos. El arte no es más que el secuestro de la *naturaleza* por el artista: aquí te veo, aquí te cojo, aquí te encierro: te encierro en un mármol, te encierro en un lienzo, te encierro en un personaje dramático ó cómico.

LUISA. Justo, eso ha hecho Enrique: el *encierro* y la corría.

PELAEZ. Luisita, no hablemos de ese joven.

LUISA. Me parece que llaman... (y aunque no llamasen no me quedaba: ¡oirle hablar mal de Enrique!... ¡todos contra él!)

PELAEZ. Nada, que tenga paciencia Pepe: que estudie, que trabaje.

GERT. Si el pobre lo que quiere es trabajar.

ESCENA III

GERTRUDIS, PELÁEZ, BORROSO y LUISA; después DON ANTONIO y ENRIQUE

LUISA. (Muy apurada.) Mamá... mama... papá vuelve... Dice Enrique, que papá se puso malo en el teatro: que le dió no sé qué...

GERT. (Levantándose.) ¡Ay, Dios mío!... ¿pero qué ha pasado? (Todos se levantan.)

LUISA. No sé: viene muy pálido.

BORROSO. Hombre, hombre, ¿qué es eso?

PELAEZ. Quizá los vapores de la comida.

GERT. ¿Qué tienes, Antonio?...

ANTONIO. Nada, mujer: si ya pasó: un mareo: un vahído.

PELAEZ. ¡Justamente: un vahído!

ANTONIO. ¡Amigo Peláez!... ¡amigo Borroso! (Dándoles la mano.)

BORROSO. Siéntese y descanse...

PELAEZ. ¡Válgame Dios, don Antonio, usted tan valeroso para

estas emociones teatrales, se nos acongoja como el sér más vulgar ó el más enclenque valetudinario!

ANTONIO. Si no es nada: absolutamente nada. Mucho calor, mucho ruído: sentí que la sangre mé subía á la cabeza y que perdía la vista y le dije á Enrique... vámonos á casa... pero en cuanto me dió el aire fresco... me serené: con que no hay que asustarse.

ENRIQUE. Realmente no ha sido nada.

GERT. Ya no estás para emociones: ya eres viejo.

PELAEZ. Viejo, todavía no.

ANTONIO. ¡Qué emociones! ¿Es acaso mía la obra?

ENRIQUE. El teatro estaba infernal; ¡qué atmósfera! ¡qué oleaje!

PELAEZ. ¿Y el drama, cómo va?

ANTONIO. No va mal, ¡mucho interés! ¡mucha espectación! ¡unas veces grandes aplausos! ¡otras veces movimientos de asombro! yo creo que eran de asombro, ¿verdad? (A Enrique.)

ENRIQUE. De todo había.

ANTONIO. Créanme ustedes; el público estaba sobrecogido.

BORROSO. ¡Ya es fácil! ¡ya es fácil que el público se sobrecoja!

ANTONIO. ¡Siempre hay gente que protesta; pero la ola de simpatía les anegaba! Habrá batalla, pero yo creo que será un gran triunfo para... para don Pablo... porque dicen que es de don Pablo.

PELAEZ. Parece indudable.

LUISA. ¿Te sientes ya bien, papá?

ANTONIO. Perfectamente.

BORROSO. ¿Concluyó el primer acto?

ENRIQUE. Salimos antes de que concluyese...

ANTONIO. Pero faltaba muy poco... es decir, creo que faltaba muy poco, según lo que Enrique me dijo. ¡Pero miren ustedes que hay gente de mala intención! Equivocóse un actor, y en vez de decir:

Como del cráter en el rojo hueco
hierve *la lava*

dijo con voz tonante y ademán enérgico:

Como del cráter en el rojo hueco
hierve *la pava.*

Ya ven ustedes, una equivocación; ¿pues creerán ustedes que estalló una carcajada general? Si se hubiera puesto para que se rieran, no se ríen: apuesto doble contra sencillo á que no se ríen. ¡Yo creo que entonces fué cuando me puse palo! ¡Qué lástima! ¡Y el público estaba, como nosotros decimos, dentro del drama!

PELAEZ. El público es muy nervioso, amigo don Antonio.

ANTONIO. Es cierto, amigo Peláez: un oceáno es como otro oceáno, el oceáno de la masa humana como aquel otro de las olas espumosas. Sublimes en sus grandezas, implacables en sus enojos, injustos á veces en sus iras. ¡Ay de los navegantes si uno y otro golpe de mar deshace la cascarilla de nuez en que se arriesgaron! ¡Ay del autor y de los actores si el otro mar les echa á pique el drama en que se metieron! Y si el náufrago llega á la orilla, á veces cae en una isla de antropófagos: y si el autor apela á la crítica, que pudo ser su salvación, se encuentra por lo regular... con lo que se encuentra, que no lo diré, porque me están oyendo respetables críticos. (Saludando á Peláez y Borroso.)

BORROSO. Solemne viene usted, don Antonio, y preocupado.

ANTONIO. Todo drama, lo mismo los de mis compañeros que los propios, me preocupa grandemente.

PELAEZ. ¿Y qué piensa usted del drama de don Pablo? Sepamos su valiosa opinión.

ANTONIO. Yo... la verdad... á mi parecer... (¡Este sí que es compromiso!)

BORROSO. Nada, con franqueza, aquí estamos en familia.

LUISA. Sí, papá... ¿es bonito?... ¿iremos á verlo?

GERT. (Calla, niña, que están hablando personas de respeto.)

ANTONIO. Les diré á ustedes... (No, pues yo no desacredito mi obra; buena inocentada sería...) Con franqueza... ¡A mí me parece... magnífico!... (Ya me lié la manta.)

PELAEZ. ¿Con que tan superior?

ANTONIO. ¡Soberbio!... No ha hecho don Pablo nada parecido. (¡Toma franqueza!)

BORROSO. ¿Contemporáneo?

ANTONIO. De época.

LUISA. ¡Esos me gustan! ¿Y se matan?

ANTONIO. ¡Todos!

LUISA. ¿Y se enamoran?

ANTONIO. ¡Todos!

LUISA. ¿Y se casan?

ANTONIO. Nadie.

LUISA. (¡Qué triste será!) (A Enrique.)

ENRIQUE. (Calla, tontina, que nuestro drama no acabará así.)

PELAEZ. ¿Y el pensamiento?

ANTONIO. ¡Profundo, trascendental! Un monte gigante y al pie un abismo inmenso.

BORROSO. ¡Ya tenemos las profundidades de don Pablo y el trascendentalismo filósofo en campaña!

ANTONIO. ¿Pues qué quiere usted, que caminemos siempre por entre el barro? En su escuela de usted, amigo Borroso, los escritores no pasan de ser barrenderos del Parnaso, ¡y ni don Pablo ni yo nos resignamos á recoger desperdicios!

BORROSO. Y en la escuela de usted, ¿qué hacen los autores sino limpiar de telarañas las bóvedas del propio Parnaso?

PELAEZ. ¡Las bóvedas se elevan en la altura! ¡el suelo... va por el suelo! ¡del embovedado de la catedral al embovedado de la alcantarilla hay diferencia!

ANTONIO. ¡Se remonta la nube y pinta celajes de colores!

BORROSO. ¡Baja la lluvia y fecundiza la madre tierra!

PELAEZ. ¡Pero la misión del poeta, señor mío, no es el cultivo del verde en el valle, sino la vehemente aspiración al almo cielo!

ANTONIO. ¡Muy bien dicho! ¡No comprendo ese empeño de que todos nos hemos de revolcar en los barrizales de Borroso!

PELAEZ. ¡Pues no nos revolcaremos!

ANTONIO. ¡No señor!

GERT. Déjate de disputas... que te va á repetir el vahído y te vas á revolcar con un accidente.

LUISA. ¡No, papá; no te incomodes!

PELAEZ. Vamos, discusiones intempestivas aparte, díganos usted algo de esa creación que nos anuncia.

LUISA. Sí, papá: cuéntanos el argumento del drama.

GERT. Pero sin entusiasmarte demasiado. Don Pablo no se pondría malo por defender una obra tuya con tanto ahínco.

ANTONIO. Yo me precio de imparcial, sobre todo, en ocasiones como la presente. Señores... el drama es una gran concepción. (Cuando sepan que es mío, les diré que les embromaba, y por ahora algo se aprovecha.) ¡Una gran concepción, lo repito! Su pensamiento puede condensarse en este símbolo.

PELAEZ. Veamos el simbolismo.

BORROSO. ¡Válgame Dios por el símbolo!

ANTONIO. Imaginen ustedes una férrea y colosal armadura con sus abrillantados herrajes, con su visera calada, con su peto bruñido, con sus articulaciones de acero, inmóvil, fría y silenciosa: sér metálico que mira desdeñoso por entre las hendiduras del enrejado rostro á los demás hombres; á los demás hombres, que al fin, ¿qué son? urdimbre miserable de tendones y nervios, esponja de sangre y humores (esto le gustará á Borroso), osamenta con disfraz de carne: el común de las gentes, la masa humana, es *lo segundo;* el héroe de mi drama... es decir, del drama de don Pablo, es *lo primero.*

BORROSO. Pues hasta ahora no me entero de lo que es el drama.

ANTONIO. Milagro sería que usted se enterase.

PELAEZ. Pues yo algo vislumbro.

GERT. Vamos á ver en qué acaba.

ANTONIO. Ya están ustedes frente á frente del coloso de acero. Pues supongan ustedes que dentro, en las sombras de la armadura, en su hueco de forma humana, como si fuera en un molde metálico, encajan y se superponen

y luchan dos seres: luchan pecho sobre pecho, rostro sobre rostro, cruzada pierna con pierna como sarmientos, retorcido brazo con brazo como si fueran manojos de serpientes, disputándose los dos el mismo espacio; dos seres digo, Satanás el de los abismos, y el más divino Arcángel de las alturas: y de la lucha nada se transparenta á lo exterior: una estatua impasible de reflejos metálicos, dentro dos fantasmas de contorno humano en horrible y silenciosa batalla. ¿Y ahora? (Mirándoles á todos con aire de triunfo.)

BORROSO. Y ahora, ¿qué?

ANTONIO. ¡Que este es el conde Ulrico: el protagonista del drama!

BORROSO. Pues dele usted memorias, y mande usted á la criada que le frote con aceite para que no se le oxide la cáscara.

ANTONIO. ¡Esa es la crítica de ustedes!

BORROSO. Y esos son los desatinos de don Pablo y compañía.

PELAEZ. ¿Pero usted no ve nada en esto?

BORROSO. Yo veo una caja de hierro, en cuyo interior riñen dos ratones y meten mucho ruído. Si ese es el protagonista, ¡valiente protagonista!

ANTONIO. (¡Yo voy á extrangular á este hombre!)

LUISA. Sigue, papá, sigue; es muy bonito, muy bonito... ¿una armadura como las de la Armería Real?... ¿No es eso? (A Enrique.)

ENRIQUE. Explíqueles usted la idea, don Antonio.

GERT. (¡Mi marido concluirá en Leganés!)

ANTONIO. El hombre metálico en cuyas entrañas luchan Satanás y el Ángel, he dicho, que es el conde Ulrico. Sér doble; antitético; con todos los instintos de la bestia; con todas las pasiones de los protervos; pero con una inteligencia elevadísima que comprende el bien, y una indomable voluntad que hacia el bien se dirige. ¿Eh? ¿Se hacen ustedes cargo? En los demás dramas, el protagonista lucha con el mundo exterior, con la fatalidad, con los demás hombres: en el drama de don Pa-

blo, el protagonista lucha consigo mismo. El conde Ulrico siente en sí todos los vicios, todas las corrupciones. Es envidioso; la grandeza ajena le muerde en las entrañas. Es soberbio; quisiera ser un déspota de Oriente. Es libertino; es voluptuoso; sueña con los placeres de las Mesalinas y las cenas adámicas de los Templarios: apetece con apetito bestial, revolcarse en todos los amores impuros.

GERT. (¡Cuidado, hombre, que está Luisita...) (Aparte á don Antonio.)

ANTONIO. En todos los amores impuros... ya... pues tráeme unos puros que tengo en mi cuarto, Luisita.

LUISA. (Aparte.) (Y me quedo sin enterarme del argumento.) (Sale.)

ESCENA IV

DICHOS; después LUISA

GERT. Ahí tienes lo que son esos dramas; que no puede oirlos, no digo una joven, ni una persona decente.

ANTONIO. Los dramas no se han hecho para representarlos en un convento de monjas ni en una escuela de señoritas. El arte es el arte y tiene sus derechos: á veces es divino y á veces es satánico; hay que oirle cuando canta ó cuando reza; pero hay que oirle cuando ruje ó cuando blasfema; si no queréis oirle, os tapáis los oídos con cuentas de rosario ó con un pelote del añadido.

GERT. ¡Jesús y qué grosero has venido de oir el drama de don Pablo! Vamos, acaba con todas esas impurezas antes de que venga Luisita y pida explicaciones que no podrías darle.

PELAEZ. Señora, el arte, el verdadero arte, tiene velos para todas las desnudeces.

BORROSO. Escrúpulos y pamplinas; no hay más que una ley, la verdad, ¡qué velos ni qué basquiñas! ¡Calor humano... carne humana!...

GERT. Basta de humanidades, don Judas.

ENRIQUE. Pero acabe usted su descripción, don Antonio.

ANTONIO. Bueno, pues ya lo he dicho todo; Ulrico apetece con deseos satánicos el mal, pero comprende el bien y lo realiza, y la lucha tremenda queda encerrada en la fría cárcel de metal. Siente y anhela como un malvado; se sacrifica como un mártir; para el mundo es una estatua impasible. El desarrollo de este carácter es el drama.

LUISA. Aquí están los puros. ¿Qué dijo papá de aquellos amores?... (A Enrique.)

ENRIQUE. Nada, que acabaron en un rinconcito del cielo, como los de don Juan Tenorio.

ANTONIO. Con que, ¿qué les parece á ustedes el drama?

BORROSO. Artificioso y falso. Shakspeare jamás fabricó hombres de metal rellenos con ese picadillo angélico-satánico; sino hombres de carne y hueso con riego abundante de sangre.

ANTONIO. ¿Qué sabe usted lo que hizo Shakspeare?

BORROSO. Sé que fué un precursor de la escuela realista moderna.

PELAEZ. Observador de la naturaleza, querrá usted decir; que yo por idealista, por filósofo, por psicólogo, por la más vigorosa voluntad al servicio de la más vasta inteligencia le tuve siempre.

BORROSO. ¡Idealista el autor de Macbeth!

PELAEZ. ¿Y las alondras de Julieta y Romeo? ¿Qué me dice usted de su canto matutino y de su plumaje volador?

ANTONIO. ¿Y el Hamlet? ¿Y la tempestad? ¿Y Ofelia?

BORROSO. ¿Y el mercader de Venecia? ¿Y el rey Lear? ¿y sus dramas históricos?

GERT. ¡Qué trifulca de nombres! Pero señor, no riñan ustedes por cosas tan viejas, y que después de todo, nunca han existido.

LUISA. ¿Qué alondras son esas que decía Peláez?

ENRIQUE. Pues unas alondras... de un drama... del gran dramaturgo.

LUISA. ¿Y qué les pasó?

ENRIQUE. Nada... que se abrió la jaula... y se fueron... y Julieta y Romeo se quedaron... como quien ve visiones... como nos quedaríamos nosotros.

BORROSO. Pues yo me afirmo; fué realista y naturalista.

ANTONIO. Y yo me ratifico: fué filósofo.

PELAEZ. Pues yo tampoco vacilo en mis opiniones, por más que respete las suyas, muy valiosas.

GERT. Han llamado. (A Luisa.)

LUISA. Ya vino Paula. (Asomándose.) Es Pepe.

ESCENA V

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO y ENRIQUE; PEPE, muy apresurado y con el sombrero puesto.

PEPE. (Dirigiéndose á su padre.) ¿Pero es verdad lo que me han dicho en el teatro?... ¡que te pusiste malo!... ¿qué tienes?... vamos, ¿qué tienes?

ANTONIO. Nada, hijo, nada. Un ligerísimo mareo.

PEPE. ¡Jesús, qué susto me han dado! Me dijo don Luis: «¿sabes? tu padre se ha marchado... porque le dió no sé qué.» Y en cuatro saltos vine acá. ¿Pero estás mejor? ¿pasó todo? ¡la verdad! (Con mucha ternura y mucho afán.)

ANTONIO. Te digo que sí: que no vale la pena de que se hable más de ello.

GERT. De veras: ya está bueno: no tengas cuidado.

PEPE. Perdonen ustedes que no les saludase antes; pero venía tan inquieto. (Quitándose el sombrero.)

GERT. Pobrecillo... ¡cómo le palpita el corazón! (Poniéndole la mano en el pecho.)

PELAEZ. Ese olvido, querido Pepe, le hace á usted honor: así deben ser los *buenos* hijos... digo: los buenos hijos.

ANTONIO. ¡Es muy bueno!

PEPE. Vaya: no hablemos de estas cosas.

BORROSO. ¿Acabó el primer acto?

PEPE. Sí señor: y empezaba el segundo cuando salí.

ANTONIO. (No me atrevo á preguntarle su opinión: vamos, que no me atrevo.)

PELAEZ. ¿Y qué?

PEPE. Mucho interés: mucha curiosidad: mucho calor.

BORROSO. ¿Y usted, qué opina?

PEPE. Yo no puedo emitir opinión alguna delante de personas tan respetables. Sería atrevimiento y pedantería casi.

ENRIQUE. ¡Hombre, atrévete! ¡Nada de timideces! ¡un aspirante á crítico pecar de tímido y modesto!

PEPE. Crítico... Todavía no lo soy: no quiere mi padre.

ANTONIO. ¡No faltaba más!

PELAEZ. Pero al menos, ya que no aventure usted su opinión, puede usted referirnos hechos concretos. ¿Gusta ó no gusta?

PEPE. Tampoco lo sé: las opiniones están divididas. Unos aplauden con entusiasmo, otros protestan con energía: la confusión es grande en la sala y en los pasillos aún mayor. En un corro, «¡sublime! don Pablo es el primer dramaturgo del siglo:» en otro corro, «¡don Pablo se ha vuelto loco: esto es un soberano desatino!» La violencia de los pareceres crece con la temperatura: los puños suben á la altura de los pareceres: los dicterios echan á un lado á las razones para ponerse al nivel de los puños. Para cada disputador su contrincante es un mentecato, y si de telón adentro el drama ha de acabar en muerte, de telón afuera es posible que acabe á golpes y bastonazos.

ANTONIO. ¡Perfectamente: muy bien: firme! (Restregándose las manos.)

PEPE. ¡Por poco tengo yo un lance!

ANTONIO. ¿Tú?

GERT. ¡Por Dios, Pepito! (Levantándose.)

LUISA. ¡Qué chico!

PELAEZ. ¡La sangre hirviente de la juventud!

PEPE. No: si no fué nada. Pasaba yo junto á un grupo y un tontaina con aires de suficiencia dijo: «don Pablo es un

genio: don Antonio no ha hecho en toda su vida nada que se parezca á este drama; todas sus obras juntas no valen lo que el carácter del conde Ulrico.»

ANTONIO. (Gozoso.) ¿Con que dijo eso? ¡qué demonio! La verdad es que el conde Ulrico es un gran carácter. Yo no he hecho nunca nada parecido.

PEPE. ¿Que tú no has hecho...? ¡malhaya tu modestia! ¡Nadie ha hecho... lo que tú has hecho! (Con entusiasmo y cariño.) ¿Lo entiendes? nadie. Pero eres bondadoso, demasiado bondadoso... por eso no te tienen miedo. ¡Pero yo estaba allí! y le cogí al mequetrefe por un brazo... (Cogiendo á Peláez.) y le pegué una sacudida... (Sacudiéndole.) Ay, perdone usted... una sacudida tal, que se le descompuso la corbata, se le cayeron los quevedos, y se le bamboleó el sombrero, que yo le acabé de quitar de un manotazo, diciéndole: para hablar de don Antonio se quita usted siempre el sombrero, y si no puede usted, me llama usted á mí.

GERT. ¡Jesús, qué imprudencia!

ANTONIO. Hiciste mal, Pepe... hiciste muy mal.

PEPE. ¡No: si era un pobre diablo! Muy asustado me dijo: «las opiniones son libres y yo no veo nada en los dramas de don Antonio;» á lo cual yo repliqué: «será usted míope de entendimiento: con que póngase usted los quevedos, sino prefiere usted que yo se los ponga, que yo sirvo para quitar y poner: quitar sombreros y poner quevedos. Y hasta otra.» Mediaron unos amigos... y nada... Declaró el jovenzuelo que mi padre era un coloso.

PELAEZ. (A don Antonio.) ¡Tiene por usted veneración!

LUISA. ¡Hiciste bien, Pepe!... ¡Firme con ellos!... (¡Y tú también, á ellos!) (A Enrique.)

ANTONIO. Hizo muy mal: ya sé que fué por cariño; pero hizo muy mal.

GERT. ¿Quién te mete á tí en *libros de caballerías?*

PEPE. No: si no me metí con los libros, ni allí los había; me metí con lo restante.

ANTONIO. ¿Y qué noticias traes del drama?

PELAEZ. ¿Éxito unánime é indiscutible?

PEPE. No tan unánime: al caer el telón sonaron algunas protestas.

ANTONIO. Siempre hay envidiosos: gente díscola: chusma pagada. ¡Hombre, contra *esos protestantes* sí que hacía falta su poquito de hoguera á la usanza antigua!

GERT. ¡Ea, no te exaltes!

LUISA. Mira que vas á ponerte malo.

PEPE. A buen seguro que nadie se tomará por tus obras el interés que te tomas por el drama de don Pablo.

PELAEZ. Él es así: una benevolencia exagerada.

ANTONIO. ¿Y qué más? Cuenta: cuéntalo todo, por los clavos de Cristo.

PEPE. Empezó el segundo acto. El teatro estaba magnífico: ¡prodigios del arte! mil y quinientos espectadores reconcentrando su atención en la misma idea dramática: dirigiendo sus miradas al mismo punto, como rayos que van á un foco y lo incendian: todos los pechos respirando á la vez: ¡todos los corazones llevando el mismo compás! Tantos espectadores distintos, cada cual con sus intereses, sus preocupaciones mundanas, sus dolores ó sus esperanzas, abandonando sus propias personalidades para constituir un nuevo sér: no era una *suma*, era un maravilloso organismo: no eran espectadores, *era el público*. De cerebro á cerebro parece como que va un invisible hilo eléctrico, que los enlaza á todos, formando de esta suerte un cerebro enorme, superior en aquel instante á todo poeta por grande que sea, á todo crítico por mucha ciencia que atesore: un cerebro, repito, capaz de comprender á Calderón y á Shakspeare, y de juzgarlos con fallo infalible é inapelable. Y á la vez de corazón á corazón, un efluvio único de sentimiento, que á todos los hace sentir con la misma simpatía ó encogerse con el mismo disgusto, como si una misma vibración corriese por mil arpas eólicas suspendidas á las ramas del bos-

que sagrado, golpeándoles con la misma discordancia ó despertando en todas ellas la misma nota melódica. ¡Oh, qué hermoso, qué hermoso! ¡quién pudiera hacer eso! ¡quién pudiera forjar ese sér único, inmenso, sublime, con un solo corazón y un solo cerebro, y estremecido todo él de un mismo estremecimiento!

ANTONIO. ¿Y eso lo ha conseguido el drama de don Pablo?

PEPE. A veces, sí: el segundo acto empezó brillantemente: un gran aplauso en el monólogo del Conde.

ANTONIO. (¡Preciso!... ¡Si el monólogo era infalible!...) Señor á mí que me den el público: ¡ese lo entiende más que todos los estéticos!... Nada, ¡el corazón!... ¡Donde hay corazón!... ¡ese corazón inmenso de que tu hablabas antes!... ¡inmenso... me parece que lo veo... con la *punta* en la concha del *apuntador* y la base en las galerías y llenándolo todo!... ¡un corazón apocalíptico! ¿Y qué más?

PEPE. Que después se torció el carro y se desvió ese corazón que dices.

ANTONIO. Hombre, ¿se torció?

PEPE. Un mal aconsejado comparsa fué á tropezar con una pilastra de madera en que había un trofeo de guardarropía: coraginas, cascos, espadas, banderas, muchas banderas y banderolas; y todo vino al suelo en el instante más sublime, con estrépito de cencerrada y resonancias de sartén y cacerola; y un chusco de la galería gritó con estentórea voz, imitando á ese que va por las calles: «trapos y hierros que vender.» El público acogió ese chiste digno del rastro, con una inmensa carcajada, superior por la intensidad y la duración al aplauso del monólogo.

ANTONIO. (Con ímpetu.) ¡Ahora mismo me voy allá!... ¿Por qué se ríen, por qué? A veces el público... ¡señor, qué público!... si no fuera... Nada... me voy... (Muy servicial.) me voy allá á mirar de frente á esa masa humana y al de los «¡trapos viejos que vender!»

GERT. Eso sí que no será: no lo permito: de ningún modo.

LUISA. No, papá: te pondras malo: no le dejes ir, mamá.

ANTONIO. ¿Pues no he de ir?

PELAEZ. No me parece prudente: está usted visiblemente nervioso.

BORROSO. No se tome usted tanto interés por el drama de don Pablo: deje usted que lo trituren y lo devoren.

ANTONIO. ¿Que yo deje?... (¡Estoy por extrangular á este hombre!)

PEPE. No, por Dios: no vayas: el calor es horrible. Mira, Enrique y yo te traeremos noticias.

ANTONIO. ¿Y ha de perderse mi butaca?

GERT. No se perderá, porque puedes dársela á don Atilano.

LUISA. Y usted le da la suya al señor Borroso. (A Enrique.)

PEPE. Muy buena idea.

ENRIQUE. Eso es... ven ustedes el tercer acto y mañana discuten ustedes amplísimamente el drama de don Pablo. Aquí está mi billete. (Dándoselo á Borroso.)

BORROSO. Mil gracias... (Tomándolo.) pero no sé si debo...

PELAEZ. Yo creo que debemos aceptarlos para evitar que don Antonio salga. Venga el billete, don Antonio.

ANTONIO. Con mucho gusto... si ustedes se empeñan... (Dándole el billete.)

PEPE. Y ahora, prontito. Ya empezará muy pronto el tercer acto.

PELAEZ. Si hemos de ir no demoremos la partida.

BORROSO. Pues en marcha... al trote, don Atilano.

PELAEZ. Al trote irá usted, si le place. Yo no suelo adoptar velocidades de picadero. Mi buena amiga... Luisita... (Despidiéndose.) Mañana vendremos á discutir con don Antonio... Don Antonio... señores.

BORROSO. Con que hasta mañana... Cuidar mucho á ese romántico... su cabeza no está muy firme... Vamos á oir extravagancias.

ANTONIO. (Extravagancias... ya te daré yo mañana un buen recorrido.)

PELAEZ. Usted me precede... (Deteniéndose en la puerta.)

BORROSO. Pues yo le precedo. (Salen.)

ESCENA VI

GERTRUDIS, LUISA, DON AMTONIO, PEPE y ENRIQUE

ANTONIO. Siento mucho que por mi causa y por el empeño de esas, haya usted tenido que ceder su billete.

ENRIQUE. No lo sienta usted, don Antonio.

ANTONIO. Como mañana tendrá usted que hacer la crítica del drama de don Pablo.

ENRIQUE. Lo conozco ya: he visto un ensayo.

ANTONIO. ¿Y con eso le basta á usted?

ENRIQUE. Y me sobra: tengo ya mucha práctica.

ANTONIO. Pero tendrá usted que dar cuenta del resultado, del éxito, de las peripecias de la representación, de las varias impresiones del público.

ENRIQUE. Todo eso lo tengo ya escrito: y con cuatro cosas que me digan en la redacción... completaré mi crítica.

ANTONIO. Pero un drama... es cosa muy seria para tratarla de ese modo...

ENRIQUE. No lo crea usted. Conozco el drama y supongo lo que pasará.

ANTONIO. (Lo que no supones es lo que te va á pasar á tí.) Sin embargo... me parece...

ENRIQUE. Cuando le digo á usted, que tengo ya mi crítica en el bolsillo.

LUISA. Enrique es muy listo... en un momento hace un juicio crítico.

ANTONIO. (Y en otro momento le tiro yo por el balcón.)

PEPE. Además, Enrique tiene ya su sistema respecto á don Pablo. ¿Te acuerdas? ¡qué *palo* le diste en su penúltimo drama!

ENRIQUE. ¡Sí, fué bueno!... ¡pobre don Pablo!... ¡lo reventé!

ANTONIO. (¡Mentecato!)... ¿Con que sí? ¡un *palo! ¡reventarlo! ¡Fraseología estética de la nueva crítica!* (Pues tú me darás mañana un *palo*, pero yo te *reviento* esta noche.) Luisita... (Aparte á ella.) (Ya sabes lo que te ha dicho tu

madre: le despides ahora mismo á ese muñeco: que no vuelva más, ¿lo entiendes?)

LUISA. (¡Por Dios, papá!)

ANTONIO. (Lo dicho: si no le despides tú, salgo yo... y lo *despido*...) (Haciendo ademán de tirarlo.)

LUISA. (¡Papá mío!)

ANTONIO. (Nada, nada; no hay apelación. Que no vuelva sino cuando repiquen gordo: así le quedará más tiempo libre para escribir sus críticas y sus revistas: no es cosa de que por entretenerse en esta casa, pierda el chico su inmortalidad.)

LUISA. (¡Ay, papá de mi alma!)

ANTONIO. (Porque lo soy, mando y ordeno.) Oye, tú... Gertrudis... ven y prepárame una taza de tila: estoy muy nervioso; y de paso le preparas otra á Luisa... (y un poco de jalapa para Enrique.) (Luisa queda lloriqueando: Enrique y Pepe hablan con animación.)

GERT. Vamos, hombre. Si tú no estás ya para estrenos: si te lo tengo dicho: ¡qué digo estrenos!... ni para las representaciones ordinarias: nada de emociones: sopa, buen vino y el rincón de la chimenea. ¡Vamos allá... joven romántico!

ANTONIO. Vamos pronto... (Lo dicho. (A Luisa.) Nada: las lágrimas no me conmueven. ¡Critiquillo insolente!) (Mirando á Enrique.) ¿Qué esperas? (A su mujer.)

GERT. ¡Qué humor traes!

ANTONIO. (¡Con esto y con que se hunda el drama... me he lucido!) (Salen Gertrudis y don Antonio.)

ESCENA VII

LUISA, PEPE y ENRIQUE

LUISA. ¡Ay, Enrique... qué noticias tan malas tengo que darte! ¡Qué triste es la vida!

PEPE. ¡Escucha Enrique... gran noticia... fausto suceso... el horizonte se despeja... digan lo que quieran, la vida es

hermosísima! (Dice esto sin atender á su hermana: Enrique se vuelve alternativamente de uno á otro.)

ENRIQUE. ¿Pero en qué quedamos? ¿Las noticias son buenas ó malas?

LUISA. ¡Muy malas! ¡Tristísimas! ¡Cosa de echarse á llorar!

PEPE. ¡Muy buenas! ¡Famosas! ¡Inesperadas! ¡Hay motivo para estallar de gozo!

ENRIQUE. Pues ésta dice... (A Pepe señalando á Luisa.)

PEPE. ¡Qué sabe esa lo que se dice!

LUISA. ¿Que no lo sé? ¡Ojala! ¡Mira, mira... (A Enrique.) los ojos llenos de lágrimas... y el corazón hecho una pasita... y angustia que ha de matarme!... Por algo estaré así.

ENRIQUE. ¿Pero por qué?... ¿Quién te dió penitas?... ¿Quién fué?

LUISA. Fué papá.

PEPE. ¡Qué tonterías estas diciendo! ¿Quién se ocupa de esas menudencias?

ENRIQUE. ¿Con que fué tu padre?

LUISA. Fué papá: que quiere cortar... así... cortar... nuestras relaciones: me ha mandado... que te despida: que no vuelvas á esta casa... sino *cuando repiquen gordo!* (Rompe á llorar.)

ENRIQUE. No llores tú, vida mía, que yo haré que echen á vuelo todas las campanas de todas las iglesias de Madrid cada media hora.

LUISA. No lo tomes á broma: es cosa muy seria.

PEPE. ¡Pero qué inocentones sois! ¡Si todo eso no vale un comino! son enojos pasajeros de papá. Ya lo arreglaremos: yo lo arreglaré: yo os protejo. (Dándose tono.)

LUISA. ¡Mucho puedes tú!

PEPE. ¿Que yo no puedo?... (Riéndose.) ¡Que yo no puedo!... Vamos, sabedlo: la prensa es mía: soy una potencia. Mi pluma, será mi cetro: mi redacción, mi trono: mi voluntad, ley suprema. Os casaremos: la prensa y yo os casaremos: y si os arrepentís, la prensa y yo os divorciaremos. No hay mas que hablar: no me vengas

con lagrimitas á amargar toda una noche de triunfo y felicidad.

LUISA. ¿Pero qué te pasa á tí para venir con esos fueros?

ENRIQUE. ¿Qué noticias son las tuyas?

PEPE. ¡La gran noticia! ¡Hoy todo es alegría! ¡Yo respondo de todo, chiquilla! (A Luisa.)

LUISA. ¡Qué bueno eres! ¿De modo que ese no se da por despedido?

ENRIQUE. Aunque me echéis á palos, no abandono este recinto encantado. No digo tu padre, ni el ángel que arrojó á Adán del pasaiso, me arroja á mí de esta casa.

PEPE. Yo sé el secreto de esa historia: Adán se dejó echar, porque echaron á Eva con él: claro, se fueron los dos juntos.

ENRIQUE. Justo: que nos eche tu padre á los dos.

LUISA. No digas tonterías.

PEPE. Pues no hablemos de cosas tristes: el punto está suficientemente discutido: se pone á votación la proposición de don Antonio: se desecha por unanimidad. Orden del día: es decir, orden de la noche: mi gran victoria.

LUISA. Pues cuenta.

PEPE. Don Leoncio, el Director del periódico más importante... del *Observador universal,* presenció mi reyerta con aquel pobre diablo... la historia que os conté antes.

LUISA. ¿Y qué?

PEPE. Que me llamó aparte y me dijo con tono cariñoso: «pollo, cuando acabe el drama, búsqueme usted, ó vaya usted á la redacción: tenemos que hablar: y si le conviene á usted, será usted de los nuestros...» ¡De los suyos!... ¿Pero no oís? ¡Del periódico más importante de la Península, de las islas adyacentes, de las posesiones de Ultramar y del globo terráqueo!... ¿Pero vosotros comprendéis esto? Y yo, algo aturdido, le dije: «¿y si mi padre no quiere?» Y él: «Papá aceptará los hechos consumados. Con que á las doce: no falte usted.»

ENRIQUE. ¡Hombre, eso es una gran cosa!

LUISA. Ya lo creo: pero no le digas nada á papá, porque con sus ideas se opone á todo: ni quiere que yo me case, ni que tú seas... publicista. ¡Señor; para qué está la gente sino para colocarse! Don Leoncio dice bien: *los hechos consumados:* tú te casas... digo, tú entras en la redacción... y hecho consumado: papá lo acepta, y se acabó.

PEPE. Claro está: eso es lo que yo he pensado: por ahora... *mutis*. Oid más: me contó Julio, que don Leoncio le había dicho, después de oir mi disputa: «El chico de don Antonio tiene talento; ya tenía yo buenas noticias de él, y es osado y fresco, y sabe decir las cosas en forma literaria, pero picante; no se muerde la lengua, y es posible que no se muerda la pluma, y es seguro que en cualquier lance se portará como un hombre. Me conviene: me lo llevo á la redacción, y para empezar le daré treinta duros al mes.»

LUISA. ¿Te van á dar treinta duros mensuales? ¡Qué fortunón! De tu primera paga me regalarás un vestido, ¿verdad, hermanito?

PEPE. Querida hermanita; mi primera paga, y la segunda y todas para mi padre, íntegras, y él me dará lo que quiera. Harto se ha sacrificado por mí: le daría mí vida, ¡para no darle esa mezquindad! ¡Y ahora, que se atreva á atacarle ningún mentecato! ¡Ah! ¡los necios que le han mordido, ahora me las pagarán! Os digo que esta noche no me cambio por el Shah de Persia. Poder decir al mundo desde mi redacción: ¡Mundo, párate y óyeme!

ENRIQUE. Pues oye lo que te anuncio: antes de un año tienes mil reales mensuales.

LUISA. ¿Y me llevarás á París? (A Pepe.)

ENRIQUE. Iremos los tres, ya te lo he prometido.

LUISA. ¡Qué dicha!...

PEPE. ¡Vamos, que no sé lo que me pasa! A las doce... (Mirando el reloj. Se quedan los tres sin hablarse, pero haciendo cada uno de ellos sus castillos en el aire.)

ENRIQUE. Un gran triunfo en el teatro con mi nueva Revista... cuatro mil duros de ganancia... Una mujercita como Luisa... Un viaje de novios... Una temporada en París... Una luna de miel destilando más ídem que toda la Alcarria y sus cercanías... ¡Excelsior!

LUISA. Pepito se empeña en que papá ceda... papá cede... nos casamos... Enrique me quiere muchísimo... yo le quiero otro tanto. Enrique gana muchísimo... yo le gasto otro tanto. Enrique es abogado... diputado... ministro... yo soy otro tanto. Tenemos coche... palco en el Real, pero palco de proscenio... hotel en la Castellana... y en París otro tanto... ¡Qué vida tan hermosa! ¡Qué transparente está el cielo!... Me parece que veo un arco íris, y otro encima, y encima otro y otro... Y sobre el más alto, Enrique y yo... ¡él de frac y yo de vestido blanco!... ¡Excelsior!

PEPE. Influencia... *poder*... *mucho poder*... *para poder* aplastar al mundo entero si me estorba... decir á mi padre: ya trabajaste de sobra: aquí estoy yo: descansa... Yo trituraré sin compasión á todos tus enemigos... y á todos tus rivales... y por el pronto á don Pablo... Tú sólo... sólo y único vencedor... para tí sólo, la gloria, los aplausos, el triunfo... y tú descansando y regalado sobre una montaña de laureles. ¡Excelsior para don Antonio!... para los demás, *¡miserere!*

ESCENA VIII

LUISA, ENRIQUE y PEPE; DON ANTONIO, que entra sin que lo noten.

ANTONIO. (Se queda contemplando á los tres.) ¡Claro... están aterrados! Le habrá dicho Luisa mi *ultimatum*... y *tableau*... ¡Estatuas de piedra!... ¡Pobrecilla!... creo que está llorando... ¡Estuve demasiado duro!

ENRIQUE. ¡Qué felicidad!

PEPE. ¡Qué porvenir!

LUISA. ¡Qué alegría!... ¡cómo nos divertiremos! (Se juntan, se cogen las manos y se echan á reir.)

ANTONIO. ¿Qué es eso?...

LUISA. ¡Ay, papá!

PEPE. (Riendo para sí.) ¡El conflicto!

ENRIQUE. (¡La lucha!)

ANTONIO. ¿Qué alborozo es ese?... ¿por qué se van ustedes á divertir?

LUISA. Yo te explicaré...

ENRIQUE. Don Antonio...

PEPE. Mira, papá...

ANTONIO. ¡Silencio! ¡digo que silencio!... ¿Con que de mis mandatos se hace chacota?... ¡Perfectamente!... ¡Perfectamente!... ¡Ya lo creo que se van ustedes á divertir!... Tú, (A Pepe.) ahora mismo al teatro, para que me traigas la noticia de si han reventado... á don Pablo.

PEPE. Por mí... á ver cómo...

ANTONIO. Sin replicar... al teatro...

PEPE. Como tú dispongas... (¡Así veré á don Leoncio!) ¡Valor! (A Luisa.) (¡A silbar á don Pablo!) (Sale Pepe.)

ANTONIO. Tú, por allí... sin replicar... (A Luisa.) A tomar tazas de tila... que te van á hacer falta... te lo aseguro... ¡Mucha tila!

LUISA. Papá...

ANTONIO. Ni una palabra... en marcha... y tila... (Tendiendo el brazo.)

LUISA. (¡Otra vez desdichada!... ¡por más que diga Pepe... él no puede con papá!...) Ya me voy... ya me voy... ¡ay, Dios mío!... (Se marcha oprimiéndose el pecho y tosiendo.) ¡qué opresión!

ANTONIO. ¡Pues tila y flor de malva! (Sale Luisa.)

ENRIQUE. Pues yo, don Antonio...

ANTONIO. Usted se queda conmigo.

ESCENA IX

DON ANTONIO y ENRIQUE

ANTONIO. Ya estamos solos.

ENRIQUE. Completamente solos.

ANTONIO. Tengo que hablarle á usted seriamente, implacablemente.

ENRIQUE. Usted dirá, don Antonio.

ANTONIO. Lo que tengo que decirle, usted debe saberlo de antemano, si Luisa ha cumplido mi mandato.

ENRIQUE. Lo ha cumplido, señor don Antonio; lo ha cumplido la pobre.

ANTONIO. ¿Y con ese motivo estaban ustedes tan regocijados cuando yo entré? Muy bien; ese es el caso que hacen ustedes de mí.

ENRIQUE. No era ese el motivo; era otro. A usted le respetamos, le queremos y le admiramos.

ANTONIO. Muchas gracias; dejando aparte la admiración y agradeciendo el cariño, me basta con que respeten ustedes mi determinación.

ENRIQUE. Se respeta, don Antonio; se respeta... pero...

ANTONIO. ¡Pero no se cumple!

ENRIQUE. ¡Pide usted lo imposible! ¡Que yo deje de querer á Luisa! ¡Que Luisa deje de quererme! ¡Que no nos veamos más! ¡Que renunciemos á toda esperanza! Es usted demasiado bueno para ser tan cruel. Es usted demasiado justo para ser tan injusto.

ANTONIO. He escrito demasiados dramas para no haber dicho todo eso muchas veces... aunque de otro modo, ¿estamos? y para no saber que todo eso son palabras, que suenan bien cuando se dicen bien... pero que no valen dos pesetas... y la prueba de que no las valen, es que nadie las da.

ENRIQUE. Pero ¿por qué me rechaza usted, padre...? no diré padre tirano, diré padre queridísimo.

ANTONIO. Pues le rechazo á usted, queridísimo hijo, joven inte-

ligente y amigo respetable, porque no tiene usted las condiciones necesarias para hacer feliz á mi Luisa.

ENRIQUE. ¡Que yo no tengo...! Don Antonio, todo mi sér se consagrará á labrar la dicha de ese ángel.

ANTONIO. No me maree usted, Enrique. En primer lugar, es usted muy joven.

ENRIQUE. Cada año que pase me iré curando más y más de ese defecto.

ANTONIO. ¡Hola! ¿lo toma usted en broma?

ENRIQUE. No quisiera que discutiésemos en serio lo que no ha de ser serio ni definitivo: ¡yo se lo juro á usted por quien soy!

ANTONIO. Pero criatura de Dios, ¿usted qué es?

ENRIQUE. Estudiante de tercer año de Derecho, aunque me esté mal el decirlo. Y no cuento más que dos suspensos en mi larga carrera: y algún sobresaliente obtuve que mi modestia olvidó: y no he perdido nunca un año completo: de modo que á este paso no veo á larga distancia la honrada toga.

ANTONIO. ¿Pero usted cree que un estudiante de tercero de Derecho, y sin fortuna, puede mantener decorosamente á la hija de un autor dramático sin caudal?

ENRIQUE. Perdone usted, don Antonio; pero además de cultivar las leyes, fomento el teatro: escribo piececitas: la bondad del público me aplaude, las cuentas del editor me dan un buen trimestre, el porvenir me brinda con esperanzas, y si usted me tiende su mano poderosa...

ANTONIO. Con mi mano puede usted contar; pero no cuente con la de mi hija.

ENRIQUE. ¡No es usted justo; don Antonio, no es usted justo!

ANTONIO. Los padres somos injustos por tradición: es el tipo clásico.

ENRIQUE. Pero, don Antonio, además de ser jurisperito en perspectiva y autor dramático en funciones, soy crítico en activo servicio.

ANTONIO. Sí... ya lo sé... ¡usted crítico!... (Cruzándose de brazos y mirándole con indignación.)

ENRIQUE. ¡Don Antonio... no me mire usted así, que me da usted miedo!... ¡El ser crítico no es una ocupación deshonrosa!

ANTONIO. Nada, que no tiene remedio: que es todo un crítico, y de uno de los periódicos más importantes de Madrid. ¿Y usted hará la crítica de ese drama que estrenan esta noche?

ENRIQUE. La tengo hecha.

ANTONIO. ¿Sin ver el drama?

ENRIQUE. Creo que tuve el honor de decir á usted, que he visto los ensayos.

ANTONIO. ¿Y con eso tiene usted bastante?

ENRIQUE. ¡Un hombre de mi práctica...! (Con suficiencia: al notar un movimiento de don Antonio, retrocede.) Una práctica modesta... muy modesta... (Al ver que todavía don Antonio avanza sobre él.) modestísima... pero prática teatral al fin.

ANTONIO. ¿Y se atreverá usted á juzgar... á don Pablo?

ENRIQUE. Le he juzgado ya.

ANTONIO. ¡A un hombre como él... un jovenzuelo como usted!

ENRIQUE. Las generaciones viejas tienen por jueces naturales á las generaciones jóvenes. (Con pretensiones.)

ANTONIO. (Estallando.) ¿Pero usted, quién es? ¿usted, qué ha estudiado? ¿usted, qué sabe? ¿cuáles son sus obras de usted, su experiencia de la vida, sus conocimientos positivos, su erudición? ¿Usted sabe gramática! ¿usted sabe retórica? ¿usted sabe estética? ¿usted ha leído siquiera á Calderón? ¿usted se ha enterado bien de si tiene usted sentido común? (Avanzando sobre él amenazador.)

ENRIQUE. Pero don Antonio, usted me abruma, usted me anonada, usted me pasa por el laminador de sus enojos: yo reconozco mi insignificancia: soy un escritor público... (Al notar un movimiento de don Antonio.) apenas si soy un humildísimo escritor público... que lealmente expone sus juicios... no... menos aún... sus impresiones... todavía menos... sus sentimientos... ¿Es que yo no tengo el derecho de sentir la emoción dramática... y de gritar: «esto siento?»

Antonio. Ese es el derecho del público, y por eso el juicio del público es infalible, inapelable y siempre respetabilísimo: *siente ó no siente.* Pero un crítico tiene más altas obligaciones. Sea usted público y nada diré; pero si es usted crítico, séalo usted de veras... porque si no... si no diré que es usted... un pobre diablo... un pobre diablo... que no se casará con mi Luisa.

Enrique. Sin embargo... me parece que la crítica que he escrito del «Conde Ulrico»... algún instinto, algún sentido común, alguna experiencia teatral demuestra...

Antonio. Pues yo niego todo eso; ¡la crítica del «Conde Ulrico!» ¿Dónde está esa crítica, que yo la vea, que yo la triture, que yo la pulverice?

Enrique. ¡Aquí está: pulverícela usted, que ya me ha pulverizado usted el corazón! (Sacando unas cuartillas.)

Antonio. ¿Es eso? ¿esos papeluchos?... A ver, á ver qué dicen. Lea usted, que me parece que esta noche no sale usted con vida de mi casa.

Enrique. Aquí dejé mi vida en mi amor. Aunque salga por esa puerta... mi vida aquí quedará.

Antonio. Déjese usted de cursilerías y lea usted... que voy á probarle á usted que ni es usted crítico, ni literato... ni nada, ni nadie... Dios me tenga de su mano. ¡A leer! (Don Antonio coloca una silla de golpe y se sienta con ademán formidable: Enrique lee en pie, tembloroso y cortado, consultando á cada momento la fisonomía de don Antonio.)

Enrique. Dice así... y dispense usted el estilo...

Antonio. ¡Qué estilo, ni qué calabazas!... ¡Adelante!...

Enrique. Dice así: «Cuando nos dirigíamos anoche al clásico coliseo, honda tristeza embargaba nuestro ánimo. ¿Qué esperábamos? nada. Sí, lo que esperamos siempre: otro desengaño más. Otro desgarrón miserable en el antiguo y esplendoroso ropaje de Talía. Otro insulto arrojado á la sombra venerable de nuestra pasada gloria. Otro vuelco más en el abismo de la decadencia y del oprobio. Otro sacrílego golpe, cuando no una granizada de afrentas en las augustas mejillas de Calderón y

de Lope, que es, según parece, el único rincón, en que ha encontrado albergue la vergüenza. ¿Se cumplieron nuestros presentimientos? ¡Ah!» ¿Qué le parece?

ANTONIO. Ya se lo diré á usted luego: adelante, joven... (que yo tengo el presentimiento de que no vas á llegar á viejo.)

ENRIQUE. Seguiré, con su permiso. «¡Ah!... al abandonar el clásico coliseo con el rostro inundado de lágrimas, rojas las manos de aplaudir y el corazón palpitante de emoción, inmensa alegría inundaba nuestro sér. No, en España no puede morir el arte: aún hay quien empuñe el cetro de Calderón, aún hay quien despierte los ecos de nuestro glorioso teatro nacional, reforzados con todo aquello que la vida moderna ha traído de verdaderamente grande, ¡qué drama! ¡qué prodigiosa creación!»

ANTONIO. Hombre... hombre... hombre... (Levantándose poco á poco.) ¡Sabe usted que eso está muy bien escrito! ¡Yo soy justo: ante todo justo...! ya ve usted, se trata del drama de don Pablo... ¡pero eso está muy bien escrito! pero... muy bien. (Quedan los dos en pie.) Siga usted. (Con mucha amabilidad.)

ENRIQUE. «Un pensamiento profundamente filosófico y profundamente humano: una gran síntesis de todo cuanto el idealismo tiene de más elevado y de cuanto hay en esta vida real de más palpitante: el cielo que desciende á la tierra y la sublima; la pasión que se filtra en la sangre y la caldea; el mal y el bien que estallan en lucha gigantesca digna de los héroes de Homero: algo así como las alas blancas del Arcángel, y las alas negras de Satán, retorciéndose en pugna apocalíptica: este es el drama. ¡Ah! ¡digámoslo sin vacilar; el que tal obra ha realizado es un genio: Shakspeare y Calderón tienen un hermano!» ¿Qué tal? (Don Antonio va asintiendo con la cabeza.)

ANTONIO. ¡Soberbio! ¡qué diablo! ¡soberbio! y ¡soberbiamente escrito! La verdad es que yo no le conocía á usted bien. ¡Qué talento, qué penetración, qué estilo! ¡La

juventud!... ¡ah, la juventud... es el porvenir y la esperanza!

ENRIQUE. ¡Don Antonio, usted me abruma!...

ANTONIO. Alguna exageración hay en esa comparación con Calderón y Shakspeare... (Sonriendo con modestia.)

ENRIQUE. Si á usted le parece, la quitaremos... se tacha... (Se dirige á la mesa)

ANTONIO. ¡De ningún modo!... (Deteniéndole con espanto.) ¿Usted lo ha sentido así?... ¡pues como usted lo ha sentido!... ¡Joven, en el arte, y en la crítica, y en todo... la sinceridad del sentimiento!

ENRIQUE. ¿Entonces lo dejaremos?

ANTONIO. Sí, sí: dejarlo. ¿Y toda la crítica sigue así?

ENRIQUE. Así todo.

ANTONIO. ¡Sin decaer!

ENRIQUE. Me parece que no decae.

ANTONIO. Pues adelante. Pero siéntese usted... ¡por Dios, siéntese usted!...

ENRIQUE. Don Antonio...

ANTONIO. No lo consiento. (Le hace sentar y él se queda en pie.)

ENRIQUE. (Leyendo.) «¡Y si del pensamiento pasamos á los caracteres, la obra crece más y más, y más crece nuestro entusiasmo!»

ANTONIO. ¡Qué alma tan entusiasta tiene usted!

ENRIQUE. Conozco que á veces exagero.

ANTONIO. ¡Cómo exagerar! No señor. ¿Usted expresa lo que honradamente cree? Pues expréselo usted con todo el fuego de que sea usted capaz.

ENRIQUE. «Los caracteres son dignos del gran dramaturgo inglés, y por respeto y prudencia no digo superiores.»

ANTONIO. De modo que usted cree que el conde Ulrico, bajo cierto punto de vista, es superior...

ENRIQUE. ¡A cuanto registra la dramática universal! Sin embargo, si usted cree que debo atenuar...

ANTONIO. No atenúe usted, no señor. La opinión de la crítica es respetable.

ENRIQUE. ¿Aun la de un crítico como yo? ¿La de un pobre dia-

blo que ni sabe gramática, ni retórica, ni estética...?

ANTONIO. Enrique, recuerde usted lo que dijo un gran poeta: usted no sabe nada de eso, pero lo presiente con las maravillosas adivinaciones del genio.

ENRIQUE. ¡Don Antonio!

ANTONIO. A ver otro poquito.

ENRIQUE. «El conde Ulrico es una obra gigantesca, dantesca.» Una cacofonía... ¿verdad?... esca... esca... Podremos decir: «tiene algo del espíritu del Dante...» Cierto es que la frase pierde fuerza... y el elogio se achica... pero... la cacofonía...

ANTONIO. No haga usted caso de cacofonías; no sacrifique usted nunca el pensamiento á la forma... es un consejo de amigo. ¡Adelante!... ¡Ah, querido Enrique, qué injusjusto he sido con usted!

ESCENA X

DON ANTONIO, ENRIQUE y TELESFORO; después, sucesivamente, GERTRUDIS, LUISA y PEPE

ENRIQUE. ¡Don Antonio!

ANTONIO. ¿Han llamado?...

ENRIQUE. Creo que sí.

ANTONIO. ¿Habrá terminado el drama? (Se dirige á la puerta.) ¡Telesforo!...

TELESF. ¡Aquí me tienes!... ¡Qué noche!... (Conteniéndose.) ¡Ah! ¡el amigo Enrique!...

ANTONIO. ¿Terminó el drama?

TELESF. Terminó.

ANTONIO. ¿Y qué?... Enrique y yo... estábamos con gran curiosidad por saber el resultado.

TELESF. Pues no lo sé.

ANTONIO. Hombre de Dios, ¿que no lo sabes? Entonces... ha sido... ha sido... en fin, ¿qué ha sido?

TELESF. Una gran batalla: no me preguntes más: estoy loco. ¿Un gran éxito? Tal vez: ¿Una gran derrota? No es im-

posible. La prensa lo dirá por la mañana y el público por la noche.

ANTONIO. ¿Llamaron al autor?

TELESF. Sí... pero como don Pablo no está en Madrid... (Con malicia.) No importa; ya sabe todo el mundo que es de don Pablo; ¡la fuga le ha vendido! Y además se lo dijo no sé quién á no sé quién. (Riendo.)

ANTONIO. ¿En resumen?...

TELESF. Que todo depende de la prensa, de la crítica; ya te lo he dicho. ¡El teatro ha sido un caos: tempestades de aplausos; avalanchas, como ahora se dice, de protestas!

ANTONIO. ¿Usted no dirá nada de las protestas? (A Enrique.)

ENRIQUE. ¿Qué he de decir? Mi artículo queda como está. ¡Éxito inmenso! ¡colosal! ¡indiscutible!

ANTONIO. (Apretándole la mano.) ¡Eso es tener carácter! Pero no se detenga usted...

GERT. ¡Aquella está llorando sin consuelo; le va á dar algo!... ¡Ah... ¡Don Telesforo!... (Se saludan.)

ANTONIO. Pues que le dé.

ENRIQUE. Cómo, ¡ponerse mala Luisita! De ningún modo; no lo consiento.

ANTONIO. ¡Pues que no le dé! ¡Que va usted á llegar tarde, hombre de Dios!

ENRIQUE. Yo no me marcho sin ver á mi Luisa, don Antonio; sin saber que está buena, sin irme tranquilo... ¡no me voy!

ANTONIO. ¡Pues que venga... que venga esa criatura!

GERT. Entra, mujer; te llama tu padre.

LUISA. (Llorando.) ¡Ay, papá mío!

ENRIQUE. ¡Luisita!... Tranquilízate; si don Antonio no está enojado.

GERT. Por Dios, niña...

TELESF. Pero Luisa... (Todos alrededor de Luisa menos su padre que se agita y se desespera.)

ANTONIO. ¡Pero vaya usted á la redacción! Por las Once Mil vírgenes y los innumerables mártires... ¡váyase usted!

LUISA. No; ¡que no se vaya!... ¡me moriré!...

ENRIQUE. No salgo de aquí si antes no tranquiliza usted á su hija; lo he resuelto.

ANTONIO. Ahora... se va... pero vendrá mañana... y almorzará con nosotros. (A Luisa.)

LUISA. ¿De veras?... ¡Ay, Dios mío!... Papá de mi vida, ¿no me engañas?

ANTONIO. No... vendrá... almorzará... y se casará... y se quedará en esa mesa toda su vida escribiendo artículos de crítica dramática... ¿Estás contenta?... Ahora... en posta... tome usted coche... á la redacción... (Llevándoselo.)

LUISA. ¡Ay, qué alegría!... ¡Me va á dar algo de alegría!...

ENRIQUE. No... Luisa... Luisita... (Corriendo al lado de Luisa.)

ANTONIO. ¡Condenación!... A esa criatura por todo... le da algo.

GERT. Basta de mimos...

TELESF. ¡Qué criatura tan sensible!...

PEPE. Papá... oye... tengo un compromiso con unos amigos... vendré tarde... á las dos ó á las tres... (Entrando apresuradamente.)

ANTONIO. Vuelve cuando quieras; pero ahora déjame en paz. Enrique... crítico del diablo... crítico sublime... váyase usted...

ENRIQUE. Ya voy, don Antonio... ya voy... (Hablan los dos.)

PEPE. ¿Qué tiene Luisa?

GERT. Mimos.

LUISA. (A Pepe.) Soy feliz: papá consiente.

PEPE. Soy mil veces feliz: don Leoncio me ha encargado la crítica del conde Ulrico: voy á reventar á don Pablo. Se burló de mi drama, ¡toma drama! Quiso competir con mi padre, ¡toma competencia! No hay más que un autor dramático: mi padre. No hay más que un crítico: yo. No hay más que un Dios: Dios. Todo lo demás polvo. «¡El implacable!»

LUISA. No hay más que una mujer feliz, tu hermana.

ANTONIO. ¡Ea! Acabemos: que me voy á poner malo yo también: ¡los nervios!... ¡la sangre!.... ¡el drama!... ¡la boda!... ¡los diablos coronados!... Ni una palabra... nadie me

replique... Tú, con tus amigos... en marcha. (A Pepe.) Usted (A Enrique.) á la redacción... en coche. Tú (A don Telesforo.) al café (á ver si encuentras á don Luis.) Tú (A Luisa.) á tu cuarto... á soñar. Tú (A Gertrudis.) á la cocina... á prepararme tila. Y yo... yo... ¡á mi pesadilla... á los dramas... al conde Ulrico... á los estrenos... al público... al aplauso... á la grita... á la gloria... al abismo... al manicomio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los dos primeros actos.

ESCENA PRIMERA

LUISA, acercándose á una y otra puerta por si oye algo.

Parece esta casa la de los siete durmientes. Y son las once y media... muy dadas, y el almuerzo es á la una. Ya se ve, anoche nadie durmió... A papá le oí toda la noche paseando por su cuarto y recitando versos: estará escribiendo algún drama, ¡qué talento tiene! (Pausa.) Señor, y á su edad, ¡qué pasión! Unas veces decía con entusiasmo: «pues digan lo que quieran, esto es bueno,» y apretaba el paso y ahuecaba la voz. Otras veces murmuraba con desaliento, «¡qué flojo, Dios mío, qué flojo; qué malo! ¿Dónde tenía yo la cabeza cuando escribí esto?» y daba un puñetazo ó derribaba una silla. A las tres de la mañana, parece que tenía una discusión animadísima con un sér imaginario: «¿Que por qué mato á Elia? porque debe morir: porque al ara del sacrificio se lleva siempre el corderillo más blanco y más inocente: muere Elia, como muere

Ofelia, como muere Ifigenia.» Y otro puñetazo en la mesa y otra silla por tierra. De buena he escapado yo, pensé al oir á papá: claro, como soy *la más inocente* de la casa, *el corderillo más blanco*, como si dijéramos, por eso estaba yo destinada al sacrificio; si por casualidad me llamo Elia, Ofelia ó Ifigenia, estoy perdida. Pues si papá no durmió, tampoco Pepe habrá dormido mucho: (Escucha á la puerta de la izquierda.) á las cuatro de la mañana le oí entrar. Se pasaría la noche escribiendo su artículo contra el drama de don Pablo. ¿Qué remedio? ¿No critican á mi padre? ¿y no critican las revistas de Enrique? ¿y no *me critican* á mí porque quiero á Enrique? Pues que tenga paciencia don Pablo, á cada cual le llega su turno. La que no pegó los ojos hasta la madrugada, fué mi pobre madrecita: se pasó la noche rezando... sería por Pepe. Qué alegrón tendrá cuando yo le diga: «no hay cuidado: como Enrique es... como de la casa... él adelanta los seis mil reales.» ¡Qué bueno es Enrique, y qué generoso, y qué talento tiene, y qué bien habla! Nada, ¡que convenció á mi padre! ¿Qué cosas le diría para convencerle? Le pintaría nuestro amor, y nuestro dolor, y las consecuencias de su rigor... y claro, quedó vencedor! ¡Qué alegría! No... pues yo tampoco he pegado los ojos... Toda la noche viendo lucecitas: así como velas encendidas: deben ser las del altar en que van á casarnos. Y luego me quedaba algo traspuesta y veía á Enrique en traje de boda: frac y corbata blanca; y á mí me veía también en traje de boda: mi vestido blanco y mi corona; y entre los dos un sacristán muy feo, y con la sotana llena de cera y hablando en latín: *Dominus tecum, gratia plena, amén*. Y luego... ¡qué cosas tan raras se ven en sueños!... Enrique se ponía mi traje y mi corona, y yo sus pantalones y su frac... Buena señal: ¡eso quiere decir que yo voy á mandar en la casa! ¡Qué gusto! ¡quererle mucho y mandarle mucho... y á mí no mandarme nadie! La boda... el maridito... el altar... el cu-

ra... las velas encendidas... la Virgen tan bonita, con su vestido hueco... y yo con mi vestido de novia... Y también veía muchos chiquillos en la puerta de la iglesia pidiendo cuartos... y Enrique dándoles cuartos... ¡Qué alegre debe ser todo eso!... ¡Qué lástima no poder casarse todos los días!... Pero siempre con Enrique... que es tan bueno, tan bueno... que al pensar en él me dan ganas de llorar.

ESCENA II

LUISA; PEPE, en traje de calle.

LUISA. Hola, Pepe: ¡cómo madrugas! ¡Qué cara tan grave y qué aspecto tan majestuoso sacas de tu cuarto!

PEPE. Ya lo creo: como que soy una potencia. Leyó don Leoncio mi artículo sobre «el conde Ulrico» y se quedó estupefacto. «¡Hola, hola, hola! usted sirve para algo más que para escribir *crítica de teatros,* me dijo. Pruebe usted á escribir un artículo de política palpitante, y si en un asunto de verdadera importancia hace usted algo parecido á ésto (y golpeaba en mis cuartillas), tiene usted mil reales al mes.» Luisita, el mundo es mío: me siento en la mesa de la redacción, tomo la pluma... miro al espacio... y toda la tierra se estremece! Hombre, lo que siento es que haya caído Bismarck, porque tenía que decirle cuatro verdades. Pero ya no: no me gusta ensañarme con los vencidos. Diría él, y tendría razón, que mi conducta no era noble.

LUISA. ¿Con que tanta influencia vas á tener?

PEPE. Si soy fuerte, y me parece que lo soy, la tendré. La idea en el cerebro: la pluma en la mano, en la mano la espada.... no, en la mano no puede ser, porque ya tengo la pluma: la espada sobre la mesa por si llega la ocasión. Soy el moderno *condotiero* de mi drama. Escucha, chiquilla, é ilústrate.

LUISA. Ya te escucho.

PEPE. En los siglos medios pasa por un camino, pongo por caso, un señor feudal, y ve á un chicote joven y robusto acoquinando á tres jayanes, y dice: «¡Bravo mozo: este es un bruto de primer orden!» Y se lo lleva para su mesnada. Y resulta que, en efecto, es de *primer orden;* y en poco tiempo, aquella bestia humana, capitanea cien mesnaderos por el estilo del capitán: y hoy acomete al conde Ulrico en nombre del conde Unfredo; y mañana acuchilla al conde Unfredo por oro del conde Ulrico; y al día siguiente los ahorca á los dos por cuenta propia y es conde á su vez. Jura fidelidad al rey *X*, y falta á ella por servir al gran elector *Y*, y concluye por ser el emperador *Z*. Pues una carrera así, podría hacer yo, si Dios me ayudase.

LUISA. Que no te ayudará; porque no ayuda á los tunantes, aunque á veces los consienta... él sabrá por qué.

PEPE. Poco á poco: los tiempos han cambiado: hoy la ley moral tiene más fuerza de lo que parece, y yo no pretendo imitar la conducta del mesnadero-emperador que puse como ejemplo. Me refería á la lucha, al esfuerzo, á la victoria; no á los móviles ni á los medios. Yo haré justicia; mi pluma no se venderá; ampararé al débil; aplastaré al poderoso; seré el moderno caballero andante. Una cosa es que yo zanje mi cuenta particular con las tres ó cuatro empresas teatrales que han rechazado mi obra, aplastándolas sin compasión; una cosa es que le muela los huesos á don Pablo que se burló de mí y puso en ridículo mi drama; una cosa es que despedace á los imbéciles y envidiosos que osaron morder á mi padre, y que procure desembarazarle el terreno de competidores; y otra cosa es, y esto será, que finiquitada mi particulísima liquidación personal, procure cumplir en adelante como hombre honrado y escritor de conciencia. Con que no te alarmes, niña escrupulosa, que tu hermano no lo es menos. Ya tengo mi plan: ¡el porvenir aparece espléndido y luminoso!

LUISA. ¿De veras?

PEPE. Esta pasada noche he visto mucho, ó he soñado mucho, ó he delirado mucho. Escucha: escribo el artículo de política que me aconsejó don Leoncio: ¡sensación! Llego á ser el primer periodista de España: ¡admiración! Don Leoncio se hace viejo... no, ya lo es: deja la Dirección: ¡á mí la Dirección! Después me presento candidato y me eligen diputado por aclamación. Hablo en el Congreso: ¡estupefacción! ¡Soy ministro, soy presidente del Consejo, soy jefe de situación!

LUISA. ¡Coronación!

PEPE. Todavía no. ¿Te parece que un hombre como yo se detiene en el primer escalón? España es mía, bueno; pues ya tenemos eso. Pero falta Europa: mi voz resuena, mi talento convence, mi habilidad domina, y realizo la gran federación de la raza latina.

LUISA. ¡Válgame Dios y qué cosas haces!

PEPE. ¡Resultado mezquino! ¡Créeme, mezquino! ¿La raza latina? ¿Pues y la raza sajona? ¿Y la raza anglo-sajona? ¿Y la raza slava? ¿No son todos hombres? ¿Aquí no somos todos hombres? (Mirando alrededor.)

LUISA. No, hijo; todos, no.

PEPE. Bien está: con las mujeres ya contaremos después y no quedaréis descontentas. Quedamos en que realizo la Confederación latina, la Confederación europea, la Confedaración universal... ¡y yo el presidente!

LUISA. ¿Y si no te eligen presidente?

PEPE. ¡Hombre, tendría que ver! Después de mis sacrificios. Pero descuida; en mis visiones proféticas no he visto esas ingratitudes de que hablas. Por lo cual me marcho á la redacción en la plenitud de la esperanza.

LUISA. Mira, creo que papá sale de su cuarto.

PEPE. Pues adiós: voy á traer el artículo en que aniquilo á don Pablo para leérselo á mi padre. Hasta entonces no le digas nada: quiero gozar de su sorpresa.

LUISA. Descuida: ni una palabra.

PEPE. Hermana queridísima, yo te protejeré: yo protejeré á Enrique: yo protejeré á vuestros hijos y á los hijos

de vuestros hijos hasta la cuarta generación. ¡Figúrate tú si en la federación universal habrá destinos para todos y podremos ir colocando á toda la familia! Adiós.

LUISA. El pobrecillo está loco con sus treinta duros mensuales.

ESCENA III

LUISA; DON ANTONIO, con unos periódicos. Después TERESA

LUISA. Buenos días, papá, ¿Estás ya completamente bien?

ANTONIO. Completamente. ¿Y tú, qué tal? (Buscando por todas partes.)

LUISA. Muy buena: ya no toso: y la opresión pasó. Soy feliz y á tí te lo debo.

ANTONIO. Vaya... vaya... pobrecilla. (Haciéndola un cariño y mirando por las mesas.)

LUISA. ¿Qué buscas?

ANTONIO. Que me faltan una porción de periódicos. Le dije á Teresa que me los trajese todos... todos... ¿qué quiere decir todos?... pues me trae dos, y el uno de ayer. ¡Teresa! (Acercándose á la puerta.)

LUISA. ¿Tienes curiosidad por saber lo que dicen del drama?

ANTONIO. Justamente. ¡Teresa!

TERESA. ¡Señorito!...

ANTONIO. ¿No te dige que me comprases todos los periódicos de la mañana?

TERESA. Cuando yo salí... no habían salido. Traje los que pude.

ANTONIO. Pues ahora que ya habrán salido, sales tú y los compras.

TERESA. Sí señor. (Hace ademán de salir.)

ANTONIO. Oye...

TERESA. ¡Señor! (Volviendo.)

ANTONIO. ¿Llevaste mis cartas á don Atilano y al señor de Rorroso?

TERESA. Las llevó mi primo, que vino muy temprano.

ANTONIO. ¿Pero las habrá llevado? Mira que eran urgentes: les invitaba á almorzar con nosotros.

TERESA. Sí señor: mi primo es muy puntual. (Se va á marchar.)

ANTONIO. Oye... (Ahora verás.) (Aparte á Luisa)

TERESA. ¡Señor!...

ANTONIO. ¿Os divertísteis anoche en el teatro? (Me gusta conocer la opinión... el parecer... el juicio crítico de todas las clases sociales.) (A Luisa.)

LUISA. (Buena opinión tendrá esa.)

ANTONIO. Con que ¿qué os pareció? ¿Pasásteis buen rato?

TERESA. Sí señor... ¿nosotros qué entendemos?... pero muy bonito... ¡Ay, muy bonito!

ANTONIO. ¿Pero qué os gustó más?

TERESA. Todo aquello es... ¡el acabóse!... ¡hasta allí!

ANTONIO. (¡Les interesó, les interesó!) (A Luisa.) Pero de todo, ¿qué os hizo más impresión?

TERESA. El último acto: sí señor... ¡es lo mejor, sin comparación!

ANTONIO. (¡Mira qué instinto: el último acto: claro, donde está el pensamiento!)

LUISA. (Esas son cosas que ha oído á su primo: ella no entiende ni palabra.)

ANTONIO. (¿Que no entiende? bueno; pues siente. Sentir, para el teatro, vale más que entender.) ¿Con que lo que más gustaba en la galería era el ultimo acto?

TERESA. No; les gustaba más... el que está antes; pero á mí el último: el último.

ANTONIO. Tú estás en lo firme. Quizá el segundo es más teatral; pero ¡el tercero!... ¡allí está... allí está la idea!

LUISA. ¿Pero papá, tú estás perdiendo el tiempo con Teresa?

ANTONIO. No es perder el tiempo: se escribe para el público; pues hay que estudiar al público. ¡Y el anfiteatro!... ¡ah, el anfiteatro!... ese es el entusiasmo, el empuje, la fuerza: es como la infantería al iniciarse las guerras modernas: el caballero metido en su armadura cae cual masa inerte ante la fuerza viva del infante.

LUISA. Bueno; pues quedamos en que Teresa es de infantería: por lo menos su primo lo es.

ANTONIO. Ven acá. Teresa: no tengas prisa: no estés azorada.

TERESA. No señor; pero iba por los periódicos.

ANTONIO. Oye: del último acto, ¿qué fué lo que te conmovió más?

TERESA. Lo que más... fué aquello... ¿comprende usted?

ANTONIO. No: no comprendo.

TERESA. Pues, qué duda tiene: lo de la ventana.

ANTONIO. ¿Cuando él está solo junto á la ventana?

TERESA. Cabalito.

ANTONIO. (Volviéndose á Luisa.) ¡Es maravilloso el instinto de esta chica!... ¡Señor! ¡Un monólogo del conde Ulrico! ¡un monólogo filosófico! ¡Algo de Shakspeare, algo de Goëte!... Un recuerdo de *to be or not to be*... ¡Vea usted... eso es lo que ha encontrado mayor resonancia en el fondo de esta Naturaleza inculta! (Contemplando á Teresa.) ¡Un bosque virgen, artísticamente hablando, que recoge y repite el lejano canto de una ninfa invisible! ¡Oh, qué misterios hay en la Naturaleza humana!

LUISA. ¡Qué sabe ella de todo eso!... ¡Tú estás soñando, papá!

ANTONIO. No lo sabe, pero lo siente. Ven aquí: más cerca. Ven aquí, cocinera excepcional... digo, criatura excepcional. ¿Con que el monólogo del conde Ulrico?... ¡El monólogo!

TERESA. ¿El mono... qué?... No señor: no era un mono, era un gato: ¡era un gato y era un loro! Y era lo más chusco que he visto: ¡cosa de morirse de risa!

ANTONIO. ¿Pero qué está diciendo esta criatura inepta? (A Luisa.)

LUISA. ¡Qué sé yo!... ¡anda, papá, anda con monólogos filosóficos!

ANTONIO. Ven acá, entendimiento obtuso. ¿No dices el último acto?

TERESA. Sí señor: el último.

ANTONIO. ¿No dices junto á la ventana? ¡cuando él desafía á la Naturaleza irritada y al cielo tempestuoso: él, en pié, entre los relámpagos, dentro de su armadura, que brilla á intervalos... y se arranca el acerado guantelete y lo arroja como reto satánico al negro espacio!

TERESA. No señor: no fué así: ¿si lo sabré yo? lo que arroja al tejado es la red para coger al loro que se escapó... ¡y lo que coge es un gato!... (Riendo hasta aquí, en toda esta escena, estúpidamente.)

ANTONIO. Pero tú te has vuelto loca; ¡si el conde Ulrico no tenía gatos ni loros!... recuérdalo bien, es el último acto, ¡criatura idiota!

TERESA. (Casi llorando.) El último... cuando todo el mundo se va.

ANTONIO. Esa es la pieza... no es el drama...

LUISA. Papá, ha confundido al conde Ulrico con *Las gracias de Gedeón*.

ANTONIO. Vete... quítate de mi vista... á la calle á buscar los periódicos...

TERESA. ¿Pero el señor está incomodado?... si yo pensé... pero mi primo, como es militar y entiende en eso de armas... decía que lo otro era mejor... lo del *armáo* que le pega á las nubes desde la ventana...

ANTONIO. Bueno... vete... pronto... á traerme los periódicos.

TERESA. Sí, señor... (¡Todos estos que escriben comedias, están *tocáos!)* (Sale.)

ESCENA IV

LUISA y DON ANTONIO

LUISA. Tú tienes la culpa, papá. Vamos... ¡ponerte á discutir el drama de don Pablo con Teresa!

ANTONIO. (Cae con abatimiento en una butaca.) Tienes razón: quise volar como Peláez y tropecé con Borroso.

LUISA. ¿Qué tienes?

ANTONIO. Nada: cansancio: anoche no pude dormir.

LUISA. Tampoco yo.

ANTONIO. Es muy distinto, hija mía. A tu edad, cuando no se duerme, se piensa en lo porvenir: los desvelos de la juventud tienen una ventanita que mira á Oriente ¡qué alegre es la mañana! A mi edad, cuando no se duerme, se piensa en lo pasado: los desvelos de la vejez no tie-

nen ventana que mire á ninguna parte: todo se cierra alrededor.

LUISA. No estés así, cuando yo estoy tan alegre. ¡Mira que un hombre como tú ponerse triste por las tonterías de Teresa y por el loro de Gedeón!

ANTONIO. No: si no estoy triste. Anda, hija mía; anda á ayudar á tu madre, que la pobre está afanadísima: vienen á almorzar don Atilano, Borroso, Telesforo y...

LUISA. Y Enrique.

ANTONIO. Enrique... ¡guapo chico!... ¡mucho tatento!... ¡gran porvenir!... ¡qué crítica!...

LUISA. ¡Cuando yo lo decía!... ¡Ves tú!... Tú entenderás de dramas... Pero de novios entiendo yo mucho más. Pues voy á preparar la mesa... (Enrique á mi lado... y al otro lado Pepe para que nadie nos moleste. ¡Ay, qué almuerzo tan alegre! Almorzar... un buen almuerzo; y con un buen novio al lado: y con una buena boda en perspectiva... y me río yo del mundo, y el mundo se ríe conmigo... y cantamos en coro... aquello de la *Sonámbula: prendi... l'anell... ti donno.)* (Sale.)

ESCENA V

DON ANTONIO

¡Pobre Luisa! ¡Qué contenta está! ¡Dios quiera que sea feliz! Mucho dan que hacer los hijos hasta colocarlos; pero los dramas... ¡mire usted que los dramas! Como que son otros hijos, engendrados también por el amor: ni más ni menos, los dramas son otros hijos: unos feos, otros bonitos; juiciosos éstos, traviesos aquéllos; con suerte algunos, desdichado el que para desdichas nace. Dan alegrías, ¡pero vaya si proporcionan fatigas y disgustos! ¡Mi conde Ulrico! La primera vez que lo vislumbré como fantasma de luz en las sombras de la noche, evocado por la fiebre del desvelo, ¡qué noble, qué grandioso era! Y hoy, ¿qué es? Yo mismo lo igno-

ro: de tal modo me lo van poniendo. Desde aquel instante sublime de la concepción, hasta el momento presente, ¡qué calvario ha recorrido mi pobre drama! Y yo, ¡qué angustias, qué sudores, qué dudas, qué desalientos, qué iras, qué apasionadas ansias! Este sér que yo arranqué de la nada, ¿qué es? ¿una divina creación, un monstruo grotesco, ó un sér vulgar, como tantos otros? ¿Qué es? Ya no lo sé: en su primera aparición era sublime; lo era, yo lo veía como si brotase del seno centellante de nube tempestuosa. ¡Hoy lo veo contrahecho, degradado, convertido en arlequín entre el gato y el loro de *Las gracias de Gedeón!* Hay algo peor que ver morir á un hijo del alma, y es verlo convertido en escarnio de la muchedumbre: si no lo merece, por lo estúpido de la injusticia; si lo ha merecido, por ver trocado en tan regocijada desdicha tan desdichado amor. Con todo lo cual, ni esa chica me trae los periódicos, ni sé lo que dice la prensa, ni sé en qué va á parar todo esto. ¡Ya me voy cansando! ¡Me voy cansando! ¡Teresa!... ¡Gertrudis!... ¡Luisa!... ¿No hay nadie en esta casa?

ESCENA VI

DON ANTONIO, GERTRUDIS y LUISA

GERT. ¿Qué quieres, hombre?

LUISA. ¿Qué quieres, papá?

ANTONIO. ¡Los periódicos! ¡Quiero todos los periódicos!

GERT. Ahí tienes dos.

ANTONIO. Esos no dicen nada del drama de anoche. El uno es de ayer, y ni siquiera lo anuncia. Por supuesto, que esas son maldades del periódico: conozco á su director; es un malvado; nunca da importancia á los dramas. El otro... el otro... dice que la abundancia de material le impide dar cuenta del estreno, y que el éxito fué mediano. ¿Y sabes tú cuál es la abundancia de mate-

rial? Pormenores minuciosos de un crimen vulgarísimo. ¡Comparar unas miserables puñaladas á la puerta de una taberna con las gigantescas luchas del conde Ulrico en su castillo feudal!

GERT Pues, hijo, todo el mundo dice que ese drama es muy inmoral, y muy pesado, y muy malo.

LUISA. Sí, papá; dicen que es muy malo y muy tonto.

ANTONIO. ¿Y vosotras sabéis lo que es un crimen doméstico? Pues un crimen doméstico es volverse loco el amo de la casa, como si dijéramos, el *pater familias*, y extrangular á todos, desde la esposa y los hijos hasta la criada y el gato; y si hay loro, al loro también.

GERT. ¡Vaya, vaya! tú estás combinando algún argumento espeluznante. Vamos, Luisita, á preparar la mesa.

ANTONIO. Oye, espera. ¿Quién te dijo que el drama era malo?

GERT. Don Martín, el coronel retirado, salía de casa cuando yo iba á misa esta mañana, y me preguntó: «¿Qué le parece el drama de anoche á don Antonio? Porque yo estuve, y á mí me pareció un solemnísimo mamarracho, y además inmoral y además pesado.» Ahí tienes la opinión de don Martín.

ANTONIO. Don Martín, veinticuatro horas antes de nacer ya era un mentecato, y al día siguiente de morirse continuará siéndolo.

GERT. Pues dice que todo el mundo pensaba lo mismo.

ANTONIO. ¡Falso... falso... de todo punto falso! Los hombres de talento no piensan como don Martín. Ahí tenéis á Enrique: ¡leed la crítica que ha escrito del conde Ulrico! ¡qué crítica! un *capo laboro*.

LUISA. Toma, porque el director del periódico será amigo de don Pablo, y le habrá mandado á Enrique que dé un bombo á su amigote. ¿Quién hace caso de esas cosas?

ANTONIO. ¡Hola... hola!... ¿Tú sabes...? ¿Con que tú sabes...? ¡aquella crítica!... ¡Oh, si fuera lo que dices!... ¡Ah, si él hubiese sido capaz!...

LUISA. Yo no sé nada; pero muy bien puede ser eso.

ANTONIO. Y también puede ser que tú no te cases en toda tu vida con Enrique, ¿lo entiendes?

LUISA. Papá... ¡por Dios, papá!...

GERT. Pero hombre, ¿te has vuelto loco?

LUISA. ¡Ay, Virgen Santísima de las Angustias! ¿Pero qué tienen que ver los dramas, ni el teatro, ni la crítica, ni el conde Ulrico, con que yo me case? ¡Esto sí que es para volverse loca! (Llorando.)

ANTONIO. Desdichada, en este mundo todas las cosas están en misteriosa relación: quizá por levantarse bilioso un día el emperador de la China, se desbocan tres meses después unos caballos en la Castellana. ¿Te parece una extravagancia? Pues es cosa probada. Yo te digo que si Enrique es capaz de doblegar su conciencia artística á las exigencias del director del periódico; si es capaz de escribir con aquel fuego, con aquella convicción al parecer tan profunda sin sentir lo que escribe... Enrique es un miserable, y un miserable no ha de ser el hijo político de don Antonio. ¡Sólo esto me faltaba!

LUISA. ¡Ay, mamá de mi vida!

GERT. Calla, niña, calla; que ya se le pasará.

TERESA. (Anunciando.) ¡El señor de Borroso! (Teresa se retira.)

ESCENA VII

DON ANTONIO, GERTRUDIS, LUISA y BORROSO

BORROSO. ¿Llego demasiado temprano?

ANTONIO. Usted siempre llega á buena hora. (Dándole la mano.)

BORROSO. Muy felices, doña Gertrudis...

GERT. Amigo Borroso...

BORROSO. ¿Qué tiene Luisita?... Está preocupada... cariacontecida...

LUISA. Ya lo creo que estoy preocupada: como que no sé de qué humor se levantará hoy el emperador de la China.

ANTONIO. Según mis noticias, de muy mal humor.

BORROSO. ¡Eh!... No lo entiendo...

LUISA. Pues ya está usted fresco si no entiende estas cosas.

GERT. Con su permiso de usted me voy allá dentro; porque si no estoy al cuidado de todo, no almuerzan ustedes hoy.

BORROSO. Entonces vaya usted, señora; vaya usted sin pérdida de momento.

LUISA. (Yo no voy: no me separo de papá: quiero estar aquí cuando venga Enrique: esto no es vivir: ¡mire usted que depender mi felicidad de ese «conde Ulrico!») (Aparte á su madre.)

GERT. (Bueno, quédate.) Pues hasta luego. Este pobre Antonio... ¡Señor, cómo tiene la cabeza! (Sale.)

ESCENA VIII

DON ANTONIO, BORROSO y LUISA

ANTONIO. ¿Y qué tal? ¿Qué tal anoche?

BORROSO. No me pregunte usted, amigo don Antonio; ya sabe usted cuáles son mis opiniones en punto al arte dramático moderno, y no quiero que disputemos... hasta después de almorzar.

ANTONIO. Pero el crítico, *en cuanto crítico*, no debe tener opiniones favorables ni adversas para con esta ó aquella escuela literaria: no debe ser clásico, ni romántico; ni idealista, ni realista; ni liberal, ni retrógrado; ni creyente, ni ateo. Debe ser juzgador imparcial: debe colocarse en el mismo punto de vista que el autor escoge, y apreciar el mérito de cada obra dentro de la escuela á que la obra pertenezca. De otra manera, será un sectario, un fanático más: no será un verdadero crítico. ¿Es idealista la obra? Pues júzguela usted dentro del idealismo. ¿Es clásica? Júzguela usted como obra clásica. ¿Es naturalista? Pues á los cánones naturalistas con ella.

BORROSO. ¿Es tonta? Pues al hospicio de los idiotas.

ANTONIO. ¿Pero la de anoche?...

BORROSO. No; no diré que sea absolutamente tonta. Es la obra de un loco: nada más.

ANTONIO. Hay que probarlo.

BORROSO. No disputemos, don Antonio; no disputemos. Yo antes de almorzar no estoy para disputas.

ANTONIO. Bueno; pues esta noche iremos juntos al teatro, y allá sobre el terreno me irá usted diciendo dónde están las locuras y los desatinos del drama.

BORROSO. No: esta noche no iremos á ver «el conde Ulrico;» porque esta noche se ha suspendido.

ANTONIO. ¡Se ha suspendido!... ¡hombre, se ha suspendido!... (¡Tú si que me has suspendido á mí, como suspenden á los ahorcados.) ¿Pero... por qué? Vamos á ver... ¿por qué?

BORROSO. Por indisposición de no sé qué actor; pero creo que mañana siguen.

ANTONIO. ¡Ya!... Sin embargo, eso es malo: muy malo. En fin, si mañana siguen...

BORROSO. No será por muchos días, porque esa obra no da dinero. No, don Antonio, no quiero disputar; pero la obra no le interesa á nadie. Es imposible... insufrible... insostenible...

ANTONIO. Mira Luisita; saca para Borroso aquel *ron* tan fuerte... tan fuerte... tan fuerte... y que le gusta tanto á nuestro buen amigo... y ponlo en la mesa á su lado... (¡A ver si revienta!)

BORROSO. Sí: buena idea: á mi lado.

LUISA. Ya lo sacó mamá.

BORROSO. Pero á mi lado.

ANTONIO. Si no lo han puesto, yo cuidaré de ponerlo muy juntito. Pero no importa, se lo adviertes á tu madre. (Luisa no se mueve de la silla en que se sentó.) Y á propósito del drama, ¿usted sabe si el Director del *Eco de España*, del periódico en que escribe Enrique, es muy amigo de don Pablo?

LUISA. ¿Verdad que no? (A Borroso, levantándose.)

ANTONIO. ¿Tú que sabes? Vete, vete allá dentro. Con que diga usted. (Luisa le hace señas á Borroso.)

BORROSO. ¿Dice usted si el Director?...

LUISA. Don Atilano aseguró que... (Acercándose.)

ANTONIO. ¿Estás ahí todavía?

LUISA. (Sentándose.) Estoy aquí... porque me ha dado la opresión... de pecho... ¡ay, Dios mío!

BORROSO. ¡Pobre Luisita!...

ANTONIO. ¿Me contesta usted ó no?

BORROSO. ¡Qué ha de ser, amigo don Pablo! ¡enemigos á muerte! Como que anoche en la redacción hubo un conflicto. Parece que Enrique escribió un artículo *encomiástico* del *Conde Ulrico:* un *bombo estupendo:* con unas exageraciones ridículas...

ANTONIO. ¡Borroso!... ¡Borroso!... adelante.

BORROSO. Pues el Director dijo que el artículo no se publicaba: era natural y estaba en lo justo... ¡Comparaba á don Pablo con Shakspeare y Calderón!... (Riendo.) ¡Qué cosas se escriben!

ANTONIO. Siga... siga... ¿Y Enrique?

BORROSO. Enrique, como tiene tan mal carácter y es tan osado, se plantó... ¡Que había consultado su artículo con la persona más competente de España, y que el artículo se publicaba: de lo contrario, además de dimitir en el acto, lo hacía cuestión personal! Y el artículo se publica.

ANTONIO. ¿Luisita, hija mía, qué tienes? ¿Te ha pasado la opresión? (Volviéndose hacia su hija con mucho cariño.)

LUISA. Ya me pasó, papá.

ANTONIO. Pues nos ha pasado á todos. ¡Enrique es un hombre!... ¡Todo un hombre! (Aparte á Luisa.)

LUISA. ¡Ya lo creo!... ¿No te lo decía yo? ¡Un gran talento!

ANTONIO. (¡Y un gran carácter! Será tu esposo, será mi hijo, será el hijo de tu madre, será el hermano de tu hermano, y entre todos extrangularemos á Borroso.)

LUISA. (Riendo.) ¿Por qué? ¡si es tan bueno!

TERESA. Aquí está el señor de Peláez.

ANTONIO. Que pase... que pase... pero por ¡Dios... que no se detenga. (A Borroso.) Pues á este... á este le gusta el drama: yo se lo aseguro á usted.

BORROSO. Es posible... porque el pobre está... (Tocándose con el dedo en la frente.)

ESCENA IX

DON ANTONIO, LUISA, BORROSO y PELÁEZ

PELAEZ. Felices, don Antonio.

ANTONIO. Muy felices, amigo Peláez.

PELAEZ. Luisita... Borroso... ¿Su mamá buena? (A Luisa.) (Con aire triste y voz apagada saluda á Luisa y luego saluda á Borroso que está al otro extremo.)

LUISA. Muy buena, gracias. (Imitando el tono triste de Borrroso.)

ANTONIO. Sentémonos... si á ustedes les parece... todavía faltan Enrique y don Telesforo. (Se sientan.) ¿Y qué tal, qué tal?

PELAEZ. Pasando: pasando la vida.

BORROSO. La vida es la que nos pasa á todos.

PELAEZ. A veces de parte á parte.

LUISA. ¿Está usted malo, don Atilano?... (Pausa.) Tiene usted no sé qué.

ANTONIO. En efecto: su cara de usted no es la de siempre.

BORROSO. (Riendo.) Pues eso va ganando.

PELAEZ. (Lanzando una mirada á Borroso. Aparte á don Antonio.) (Este hombre es de una grosería intolerable.)

ANTONIO. (¡Intolerable!)

BORROSO. ¿Y podemos saber el motivo de su mal humor?

PELAEZ. ¡Oh! ¡no es un secreto! Es un disgusto grave; sí, señores, muy grave: es un gran desengaño: es una deslealtad inconcebible, deslealtad que ha de tener sus consecuencias. Pero no es un secreto.

ANTONIO. Pero sepamos... ya que, según usted dice, hemos de saberlo...

PELAEZ. Ya lo he dicho: la deslealtad de un amigo. ¿Hay nada más amargo? Un acto... un acto de tal naturaleza, que no hay palabras para castigarlo: el vocabularlo se agota.

Borroso. ¡Qué exageraciones! (Riendo.)

Pelaez. No se ría usted, amigo Borroso. ¿Qué haría usted si yo, yo mismo le sacase á usted el reloj del bosillo y me lo llevara?

Borroso. Pues gritaría «¡á ese, á ese!» y le echaría encima una pareja de Orden público.

Pelaez. Pues eso haré yo: en otra forma, ¿eh? pero eso haré yo.

Luisa. Pobre don Atilano, ¿le han robado á usted el reloj?

Pelaez. ¿El reloj, Luisita, el reloj? ¡qué me importa el reloj!

Antonio. Vamos, explíquese usted.

Pelaez. Pues estuve anoche á ver el último acto del «Conde Ulrico,» aprovechando el billete que tuvo usted la bondad de darme. Y con lo que usted nos dijo y con lo que yo ví, hube de reconstruir sin dificultad alguna todo el drama.

Antonio. ¿Y qué tal? ¿qué tal? ¿tiene cosas buenas?

Pelaez. ¿Si tiene buenas cosas? ¡Ya lo creo! admirables: vaya una gracia, ¡admirables!

Antonio. ¿Oye usted? (A Borroso.) ¡admirables!... ¡El amigo Peláez! (Apretándole las manos.) ¡Siempre el mismo espíritu levantado!

Pelaez. Gracias, amigo don Antonio: nosotros nos comprendemos. Y bien, ¿el drama del conde Ulrico no le recuerda á usted nada? Quiero decir, ¿no evoca en usted ningún recuerdo? Vamos á ver. (Se queda mirándole.)

Antonio. (Alarmado.) ¿Si me recuerda algo?... No sé... no comprendo...

Pelaez. Don Pablo era un amigo, un compañero, una persona digna... eso creíamos todos. ¡Pues don Pablo es un desleal! ¡Lo sostengo, lo afirmo, lo pruebo!

Antonio. ¿Pero qué le ha hecho á usted don Pablo?

Pelaez. Ustedes recordarán perfectamente mi drama, mi obra maestra; perdonen ustedes si una vez en la vida soy inmodesto: ese drama en que trabajo hace veinte años, que sin cesar perfecciono, que sin cesar vigorizo. Se lo he leído á usted, amigo don Antonio; se lo he leído á usted, amigo Barroso; cometí la imprudencia de leér-

selo á don Pablo... pues bien, don Pablo ha cometido la indignidad de robarme... esta es la palabra, no quiero emplear otra, para estos casos es bueno el vocabulario naturalista de Borroso... de robarme la idea, el argumento, los personajes, los incidentes, las frases de más efecto... en fin, todo: un saqueo.

BORROSO. (Riendo.) ¡Qué gracioso! Entramos á saco en Gante el palacio episcopal.

ANTONIO. ¡Hombre... hombre!... (¿Qué está diciendo este hombre? Pero si no me acuerdo ahora, ni me he acordado jamás de su drama, que me pareció un solemne disparate.) ¡Jesús, María y José!... ¡Es para volverse loco!... ¡Sólo esto nos faltaba!

PELAEZ. ¡Comprendo su asombro de usted! Sí: ¡es para volverse loco!

ANTONIO. ¡Ya lo creo: me he quedado sin pulso!... Pero, señor, ¿estamos viviendo entre dementes?... ¡Qué salida!... ¡Ave María Purísima!

LUISA. (¡Otra complicación que pone de mal humor á papá! Oye, papá: aunque don Pablo le haya robado el drama á Peláez, eso no será motivo para que se descomponga mi casamiento... porque Enrique no tiene la culpa.)

ANTONIO. (¡Enrique es la única persona decente y sensata que conozco!)

LUISA. (¡Ajajá!)

PELAEZ. ¿Pero qué dicen ustedes?...

ANTONIO. Hay que ver... hay que comparar... semejante acusación... es muy grave... esas cosas es preciso probarlas... (¡Me va á dar algo!)

PELAEZ. ¡Pero si están probadas: si ustedes recuerdan mi drama: si es evidente! ¿No hay en mi obra un *conde* como el *Conde Ulrico?* pues ya tenemos *un conde*, es decir, *dos condes*. La joven poética de mi drama, ¿no se llama Celia, y la del drama de don Pablo no se llama Elia? pues ya tenemos *otro plagio*. La época de ambos dramas, ¿no es la del siglo catorce? pues ya me robó el siglo catorce. ¿No hay una tempestad, y no digo:

«ya el negro nublado avanza?» pues él pone otra tempestad, y dice: «ya la tempestad avanza.» Y sigue el escamoteo indigno. Escamoteo en la tierra y en el cielo. ¿Qué más, qué más? ¡Hasta lo del guantelete!

ANTONIO. ¿Lo del guantelete?

LUISA. Es verdad: de un guantelete hablaste, cuando lo arroja... ¿te acuerdas?

PELAEZ. Muy bien, Luisita... cuando lo arroja... Eso es: precisamente. En mi drama lo arroja un embajador español á los pies del Dux de Venecia.

ANTONIO. Y en el drama de... don Pablo se lo arroja el conde Ulrico á la tempestad, al espacio que se inflama, al negro abismo.

PELAEZ. ¡Qué más da! *todo es arrojar:* la persona ó cosa á quien se arroja es el accidente: la cosa arrojada, el guantelete, es lo esencial. Y uno y otro, embajador y conde, ¿no están vestidos de hierro? ¿Pues qué me dice usted de la armadura?

LUISA. Es verdad.

BORROSO. La evidencia, la evidencia... (Riendo.) ¡Le han desvalijado á usted la *v*alija literaria! (Marcando las ves.)

ANTONIO. Pero, señor, todo eso que usted dice son accidentes; ¿y la idea? ¿la idea es la misma en ambos dramas?

PELAEZ. ¡Pues no faltaba más sino que fuese la misma! ¡hasta ese punto podía llegar el descaro de don Pablo! La idea no es la misma, porque está disfrazada, hábilmente disfrazada. Nadie diría que son dos cosas iguales, pero yo sé que lo son. ¡Oh, esto no quedará así: acudiré á la prensa! ¡Armaré un escándalo! ¡Pediré que se nombre un tribunal de honor! Y ustedes me dispensarán la honra de formar parte de dicho tribunal: ustedes que conocen ambos dramas. *Fiat justicia et ruat cœlum.*

ANTONIO. Poco á poco... (Limpiándose el sudor.) Poco á poco... de aquí no podemos pasar...

LUISA. ¿Te pones malo?

ANTONIO. No, hija: sudo... nada más. No es otra cosa, sino que

sudo: ¡pero sudo sangre!... ¡Sudo dramas, argumentos, condes, tempestades y demonios del mismísimo infierno!... Muy despacio... y mucha calma... si es que yo puedo tenerla. Vamos á ver...

ESCENA X

LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO y GERTRUDIS

GERT. Felices días, amigo Peláez...

PELAEZ. Amiga mía...

GERT. Cuando ustedes quieran, el almuerzo les aguarda.

ANTONIO. ¿Qué almuerzo?...

BORROSO. ¿Cómo qué almuerzo?... El que nos tiene usted prometido; el que nos anuncia esta señora; el que aunque desde lejos, olfateo con delicia. ¿O es que siguiendo las mañas de don Pablo, si él escamoteó un drama, usted quiere escamotearnos un almuerzo? Poco á poco... eso sí que no lo consiento.

ANTONIO. ¡Todo sea por Cristo!... Lo que le digo á usted, es que no podemos almorzar todavía. Falta Telesforo y falta Enrique... ¡Sin Enrique no se almuerza!

LUISA. (A su madre.) (¡Ay, qué bueno es papá!)

GERT. Pues uno de los dos está ahí, porque han llamado.

LUISA. Es don Telesforo.

ANTONIO. Pero falta Enrique: no se almuerza.

LUISA. (Aparte.) (¡No se almuerza!)

ESCENA XI

DON ANTONIO, GERTRUDIS, LUISA, PELÁEZ, BORROSO y TELESFORO; TERESA, con periódicos.

TELESF. Ya estoy aquí. Buenos días, doña Gertrudis. Adios, Luisita. Salud á todos en general.

TERESA. Don Antonio... los periódicos... No he podido encontrar más.

ANTONIO. Bueno... dame... (Se sienta junto á la mesita con todos los periódicos á su alcance, y empieza á leer uno de ellos.) Ustedes me permitirán un momento.

GERT. ¡Hombre, vas á leer antes de almorzar!

BORROSO. ¡Don Antonio!... ¡Por San Antonio de Pádua!

ANTONIO. No... si es un instante... cinco minutos... mientras llega Enrique.

TELESF. El periódico que has de leer es éste. (Buscando en el bolsillo, sacando un periódico y luego en él el artículo.) ¡Ya veras qué artículo!...

ANTONIO. ¿Qué dice? (Queriendo cogerlo.)

TELESF. Espera... Será preciso que don Pablo se arme de paciencia.

ANTONIO. ¿Pero qué dice?

TELESF. ¡Horrores!... ¡No conozco nada parecido!... Y hay que confesar que está bien escrito... ¡Pero es un encarnizamiento sin igual!... Unas veces por todo lo alto: otras veces acudiendo á la burla... á la mofa... al escarnio... Tritura el drama... lo hunde... lo aniquila... Vengo del teatro, es decir, del despacho; ¡el articulito ha producido un efecto desastroso! Los revendedores habían hecho un gran pedido para mañana... pues renuncian. Nada, querido Antonio, lo que dijo Víctor Hugo: (Enseñando el periódico.) esto matará á aquello. ¡Pobre autor!

ANTONIO. (Que le ha oído nervioso, impaciente, sin dominio ya sobre sí mismo, le arrebata el periódico.) ¡Dame!... (Lo lee con gran ansia, ó como el actor crea que debe leerlo.)

LUISA. ¡Pobre don Pablo!... pues me da lástima, ¿verdad, mamá?

BORROSO. No quieren convencerse los autores románticos de que todo eso está mandado recoger. Señor: la realidad de las cosas: por el momento, la realidad del almuerzo... que va siendo puro idealismo. ¿No es cierto, don Telesforo?

TELESF. ¡Pero ese artículo es una indignidad! No se trata de ese modo á un autor respetable.

PELAEZ. ¡Don Pablo merece eso y mucho más: lo merece!

TELESF. Hasta le dice que el argumento no es suyo: vamos, si es cosa de mandarle dos padrinos. (A Peláez y Borroso.)

PELAEZ. Justamente: llegó sin duda á conocimiento del articulista lo que yo dije en secreto á cuatro ó cinco amigos: que don Pablo había plagiado mi obra.

TELESF. Ya; ¿con que se refiere á usted?... Pues permítame usted que le diga, que todo eso es un soberano desatino: entre los dos dramas no hay ni la más remota semejanza. Conozco los dos: ¡ilusiones, amigo Peláez!

PELAEZ. Poco á poco... yo probaré...

ANTONIO. (Dando un puñetazo.) ¡Esto es intolerable!... ¡Esto es una infamia!... ¡Esto es un insulto!... ¡No más!... ¡No más!... (Levantándose con ímpetu: todos, al oir el puñetazo, dan un salto. Los personajes están en la disposición siguiente: Borroso, Peláez y Telesforo, forman un grupo; Gertrudis y Luisa, otro. Don Antonio aparte, leyendo.)

GERT. ¿Pero qué te pasa?

LUISA. Papá...

PELAEZ. ¿Pero qué tiene usted, don Antonio?...

BORROSO. ¡Qué ha de tener... que está leyendo en ayunas un artículo de crítica dramática!

TELESF. ¡Vamos, Antonio, calma!

ANTONIO. ¡Ya no puedo tener calma ni paciencia!... ¡Lo he sufrido todo... todo... hasta el gato y el loro de Teresa!... ¡Todo, hasta el escarnio!... ¡Pero dudar de mi honra... de mi lealtad... eso no!... ¡Se hundirá el drama... me arruinaré yo... me escarnecerán... pero ya el silencio es imposible!... ¡Ea... sépanlo ustedes... el Conde Ulrico no es de don Pablo... es mío... mío... absolutamente mío: desde la cruz á la fecha!

PELAEZ. ¡Don Antonio!

BORROSO. *¡Tableau!*

GERT. ¡Jesús, María y José!

LUISA. ¡Ay, Dios mío!

ANTONIO. Sabedlo vosotras: ¡ese drama inmoral, pesado, detestable, tonto, es de vuestro esposo, padre y señor.

Sépalo usted, señor don Judas Borroso, ese conde Ulrico que tan desatinado encuentra usted, es mío... ¡Y cuando á usted le plazca, discutiremos la obra! ¿Lo entiende usted?

Borroso. Amigo don Antonio, ya tenía yo mis barruntos, y si hablé mal del drama, fué por embromarle á usted. Por lo demás, basta que sea de usted, para que tenga cosas hermosísimas: aunque su escuela de usted no es la mía. Todo lo cual no ha de impedir que almorcemos como buenos amigos.

Antonio. Usted lo ha dicho; pero antes he de hacer liquidación general. Amigo Peláez, ya lo sabe usted: el ladrón literario, el del escamoteo, el del plagio, no es don Pablo: soy yo.

Pelaez. En realidad de verdad le digo á usted, que no vuelvo en mí del asombro.

Antonio. Y yo le digo á usted que no hay tal plagio, ni tal escamoteo, ni tal copia. ¡Que está usted soñando! Que ve usted visiones, y que por consiguiente, ve usted su drama inédito en todas partes. En todas partes estará, pero en el conde Ulrico no está. Nombre usted, usted sólo, ese tribunal de honor, y que decida. Y por ahora, ni una palabra más: ni una palabra... ni una palabra.

Borroso. Mucho cuidado: está fuera de sí: es capaz de extrangularle á usted... y esto nos amargaría el almuerzo.

Pelaez. Don Antonio, no se incomode usted. Estaré ofuscado: no hablemos más del asunto... (por ahora.)

Antonio. (A Telesforo.) Mañana, pondrás en el cartel mi nombre. ¿Lo entiendes? ¡al cartel! Y ya liquidé con todos... con vosotras, con ustedes, con el público, ¡menos con el articulista!... ¡con este insolentuelo!... ¡con este mentecato!... ¡con este critiquillo!... (Golpeando el periódico.) ¡con este muñeco!... ¡Ah, cuando yo le coja!...

Luisa. ¿Pero quién es?

Antonio. Firma el muy trasto de este modo: «El implacable.»

Luisa. ¡Ay, Virgen Santísima!... (¡El artículo de Pepe!)

Antonio. ¿Qué tienes?

GERT. ¿Qué tienes, Luisita?

LUISA. Yo... nada... ¿qué he de tener?... ¡Los nervios!... me dieron una sacudida y grité... (¡Virgen de los Desamparados, cuando lo sepa!) ¡Los nervios!

ANTONIO. Pues no tengo yo los míos para sufrir los tuyos: con que cállate. ¡Qué noche! ¡qué día! ¡qué drama! ¡qué artículo!... ¡Hay que descubrir al articulista! (Suena la campanilla.)

LUISA. ¡Ay, Dios mío! (Da un grito y se dirige á la puerta del fondo.)

ANTONIO. ¿Otra vez?... ¿qué es eso?

LUISA. ¡Que ahí está!

ANTONIO. ¿Quién, el articulista?

LUISA. No... Pepe.

ANTONIO. Pues no grites más... que voy á romper en una convulsión.

ESCENA XII

GERTRUDIS, LUISA, DON ANTONIO, PELÁEZ, BORROSO y TELESFORO; PEPE, que entra con cierta solemnidad.

PEPE. Saludo á todos respetuosamente y si esperar les hice, lo deploro. (¡Qué diablo! ya no puedo hablar más que en endecasílabos.)

ANTONIO. Oye, Pepe, ¿conoces tú por casualidad, entre la gente joven al autor de este articulo? Es posible que él le conozca. (Dirigiéndose á los demás.) ¿Verdad?

LUISA. ¡No le conoce!...

ANTONIO. ¡Silencio! ¡Silencio, chiquilla, ó no te casas!

PEPE. ¿De qué artículo? (Están colocados padre é hijo frente á frente.)

ANTONIO. De uno sobre el conde Ulrico: un articulista que firma *El implacable*.

PEPE. ¡Ah!... ¿El implacable?... (Leyó el artículo: le interesa: le hizo efecto: ¡pregunta por el autor!) ¡Ah!

ANTONIO. ¿Vamos, le conoces?

PEPE. Tal vez. (Contoneándose.)

ANTONIO. ¿Cómo se llama?

PEPE. Ya te lo diré; pero ante todo; ¿qué te parece el articulillo? (Sonriéndose y contoneándose más.)

ANTONIO. Ya te lo diré; pero ante todo díme quién es el crítico. (Imitando cómicamente á su hijo.)

PEPE. Es un *crítico incipiente.*

ANTONIO. ¡Pues va á dejar de serlo!

PEPE. ¿Deseas conocerle?

ANTONIO. ¡Si lo deseo! (Volviéndose á todos.) ¡Pregunta si lo deseo! (Con sonrisa especial.)

PEPE. ¿Para qué? (¡Le hizo mucha impresión!)

ANTONIO. ¡Para darle un abrazo!

PEPE. ¿Muy apretado? (¡Está loco de entusiasmo!)

ANTONIO. ¡Pónmele delante y ya verás si aprieto!

PEPE. Pues los brazos, y aprieta, padre mío! (Movimiento de todos.)

ANTONIO. ¿Qué?... ¿Cómo?... ¡No!... ¡Tú!... ¿Tú eres?...

PEPE. ¡El implacable! (Con solemnidad y abriendo los brazos.)

ANTONIO. ¡Ah! ¡Él! (Se queda estático, con la boca abierta, el periódico en la mano y mirando con estupor á Pepe.) ¡No hay más allá!... ¡Se acabó!

LUISA. ¡Ay, Dios mío de mi vida!

GERT. ¡Desdichado!

TELESF. ¡Buena la hicimos!

BORROSO. ¡Segundo *tableau!*

PELAEZ. (A Borroso.) (¡Su propio hijo, mi vengador!)

BORROSO. (¡No sea usted cursi, don Atilano!)

ANTONIO. ¡Él lo dice!... ¡Tú lo dices!... ¡Me ahoga la sangre! ¡Aquí está! (Enseñándole el periódico.) ¡Con que el «Conde Ulrico» es una extravancia, un engendro ridículo, el *delirium tremens* de un genio agotado, que se revuelve con las convulsiones de su impotencia! (Todos contienen á don Antonio.)

PEPE. Es que yo quería pegarle fuerte á don Pablo... ¡por usted y por mí!... (Ya con mucho apuro.) ¡Era por los dos!...

ANTONIO. ¡Muñeco ridículo, critiquillo incipiente, pedantuelo vacío... con la venganza por norte, con la envidia por compañera, mira, mira á donde se va! (Enseñando el periódico.) ¡Ah, si no fueses mi hijo!

LUISA. ¡Papá!... (Conteniéndole.)

GERT. ¡Pero reflexiona que él lo ignoraba! (A don Antonio.)

PEPE. ¿Pero qué?... ¿qué es lo que yo ignoraba?... ¿qué es lo que hice? ¡Voy á volverme loco!... ¡No sé lo que quieren ustedes dar á entender! ¿Por qué te incomodas conmigo?... ¡Yo que te quiero tanto! ¡que tanto te respeto!...

ANTONIO. ¡Que me respeta!... ¿Lo oyen ustedes?... ¿Y lo de «definitiva decadencia?» ¿y lo de «ingenio totalmente agotado?» ¿y lo de «efectismo ridículo y antiartístico de prestidigitador?»... ¡Y dice que me respeta, que me quiere!... ¡y es mi hijo!... ¡Para cuándo los terremotos!

PEPE. ¡Pero no comprendo!... ¡no comprendo!... ¡no quiero comprender!... ¡Ay, Dios mío!

BORROSO. Vamos... no se acongoje usted... no vale la pena... pura casualidad. (A Pepe.) Llámele usted «¡parricida!» y tenemos el tercer *tableau*. (A don Antonio.)

PEPE. ¡Pero de una vez!... ¡que voy á perder el juicio!... ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que hice?... ¿Por qué me miran ustedes de ese modo? ¿En qué te falté, padre mío?

ANTONIO. ¡Oye, critiquillo incipientísimo: el mamarrachero, el efectista, el prestidigitador, el ridículo, el agotado, el corruptor... soy yo! ¡Yo soy el autor del «Conde Ulrico! ¡Yo mismo! ¿Y ahora? (Cruzándose de brazos.)

PEPE. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! (Se cae en un sillón y se cubre el rostro. Gertrudis y Luisa acuden á él.)

GERT. ¡No te apures más! (A Pepe.) Tú tienes la culpa: si no escribieses tonterías! (A don Antonio.)

LUISA. ¡Por Dios, papá!...

GERT. ¡Vamos, Pepe... si tu padre te perdona!

LUISA. ¡Perdónale, papá! (Junto á don Antonio.)

ANTONIO. ¡Pobrecillo... me parece que está llorando!

PEPE. ¡No... no puede ser... yo no puedo haber hecho eso!... ¡yo maltratarle... afrentarle... ponerle en ridículo!... ¡yo que le quiero más que á mi vida... ¡yo que creo,

que estoy seguro, que no hay otro como él!... ¡Si es el caso que á mí me gustaba muchísimo el «Conde Ulrico,» si me admiró, si todo eso era rabia de que don Pablo hubiese hecho una cosa tan buena!... ¡Pero soy un malvado, un mal hijo, un imbécil! ¡Esto no puede quedar así... yo merezco un castigo... un gran castigo... padre, castígame!... (Levantándose y acercándose á su padre.) ¡por Dios, castígame!... ¡Ay, padre del alma, qué infame soy!... ¡lo soy!... ¡lo soy!... (Vuelve á caer en una silla.)

GERT. ¡Por Dios, hijo mío! (Junto á Pepe.)

LUISA. ¡Por Dios, Pepe! (Lo mismo.)

PEPE. ¡No... que me castigue... que me afrente... que me pegue... que me eche de su casa!

ANTONIO. No tanto, hombre... no tanto; tú no sabías que era yo. ¡Qué remedio!

PEPE. No, no... que no... ¡Si esto no puede quedar así! ¡Un artículo indigno, estúpido!

ANTONIO. No: estúpido, no: ¡eso sí que no! ¿Verdad, Telesforo? ¡El artículo está muy bien escrito!... que es violento... que es injusto á veces... ¡pero admirablemente escrito!... ¡ya lo creo!...

PEPE. ¡No digas eso!... ¡Un desatino de un chiquillo!... ¡qué vergüenza! ¡qué pena!

ANTONIO. ¿Si sabré lo que digo? Aparte de que la forma es vigorosa... ¡en el fondo hay algo!... muchos de los defectos que señalas son verdaderos... Los exageras, ¡pero pones el dedo en la llaga!... Lo que es condiciones de crítico... ¡vaya si las tienes!

PEPE. ¡Lo dices por consolarme! ¡Pero yo soy un mentecato, un pedante y un malvado!... ¡Y si no me castigas tú, voy á castigarme yo!

LUISA. ¡Vamos, Pepe!...

PEPE. Nada, nada: ¡abajo todos los castillejos! ¡ni crítico, ni periodista, ni diputado, ni ministro, ni presidente de la Confederación europea!... ¡Todo eso acabó!... ¡Todo acabó, Luisita!... (Levantándose.)

LUISA. Pero hermano, ¿vas á perder todo eso? (Entra Enrique.)

PEPE. ¡Todo!... Ya no seré más que soldado: no quiero que me rediman: ¡soldado raso, ranchero! ¡Allí, mal hijo, con el chopo y el rancho!

GERT. ¿Qué disparates son esos?...

ANTONIO. Poco á poco... yo mando... ¡A ver cómo no vuelves á decir eso!

PEPE. No señor, ¡soldado!

ESCENA XIII

DICHOS y ENRIQUE

ENRIQUE. No es posible: porque la redención la hice ya.

ANTONIO. Querido Enrique, ¡consuelo de mi vejez! ¡Enrique del alma! (Le abraza.)

GERT. ¡Enrique del alma!

LUISA. Eso es lo que yo decía hace tiempo. ¡Enrique del alma! Al fin me dan la razón.

ENRIQUE. (A Luisa.) (Los pagarés de tu padre, yo los recogeré.)

LUISA. ¡Qué bueno eres! (¡Y no querían que me casase con él!)

ANTONIO. ¡Ea! ¡Acabó todo! No se hable más del drama, ni del artículo, ni de esas tonterías. A la realidad de la vida, como dice Borroso: y la realidad es que aquí todos somos personas honradas: y que nos apreciamos, y que nos queremos... ¡Que tú me quieres mucho! ¡que me quieres mucho! ¡silencio! (A Pepe.) ¡Y que tienes talento!... ¡Y que serás un gran escritor, casi tan grande y famoso como Enrique!... ¡Que os casaréis vosotros!... ¡Que el almuerzo nos espera!... ¡Y que Borroso está impaciente!... ¡Con que allá dentro!... Este drama de mi casa no acaba en muerte, sino en boda y alegría.

PELÁEZ. (¡Pero ven ustedes! ¡del plagio no dice nada! ¡el muerto soy yo! (A Borroso y Telesforo.)

BORROSO. (¡Espere usted á los postres, hombre del diablo!)

TELESF. (¡No diga usted desatinos!)

ANTONIO. Tú, (A Enrique.) crítico insigne, escritor preclaro, autor

dramático, que has empezado por horas y acabarás por siglos, dale el brazo á tu prometida.

ENRIQUE. ¡Luisa de mi alma!

LUISA. ¡Excelsior!

ANTONIO. Amigo Peláez, si yo le plagié á usted, plágieme á su vez dando el brazo á mi esposa.

PELAEZ. ¡Verdaderamente reconocido! (¡Vaya una compensación!)

ANTONIO. Y tú conmigo. (A Pepe.)

PEPE. ¡Pero si no puedo acostumbrarme á esta idea! ¡Si me está zumbando ese maldito artículo! ¡Si estoy oyendo constantemente dentro de mi cabeza todo lo que he dicho de tí! ¡Si no es posible! Si dicen bien los filósofos: ¡yo tengo derecho á la pena! Si tú no quieres castigarme, que me castiguen otros, ¡pero que me castiguen! ¡Yo quiero sentir un dolor muy grande! Nada... mira... he de hacer que me representen mi drama... y luego voy á escribir un artículo contra él... y la noche del estreno he de hacer que me lo silben! ¡Yo necesito una silba! ¡yo quiero una silba! ¡pronto... una silba!

ANTONIO. ¡Desdichado, silencio! ¡Por Dios santo, llévense ustedes á este chico, que se ha vuelto loco y nos va á comprometer!

PEPE. ¡Pero si la merezco!

ANTONIO. Eso no se dice. ¡Pues buenos están los tiempos! Ten presente este axioma: ¡todo autor dramático merece ser aplaudido, siquiera por lo que sufre! ¡Estas son las buenas máximas, las que han de inculcarse, y déjate de romanticismos!

BORROSO. ¡Gracias á Dios!

PEPE. No: ¡siempre quedará el romanticismo de mi arrepentimiento y el romanticismo de mi cariño! (Abraza á su padre.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)
El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitación.
Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos, original y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos, original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama original, en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original, en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original, en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original, en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.
Haroldo el Normando, leyenda trágica original, en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogia.)

Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original, en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original, en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático, en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo-exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político, en tres actos y en prosa.
El hijo de don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original, en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original, en tres actos y un epílogo, en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
Á la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo, en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico, de costumbres populares, en tres actos y en prosa. (Traducción.)
Mancha que limpia, drama trágico, en cuatro actos y en prosa.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.